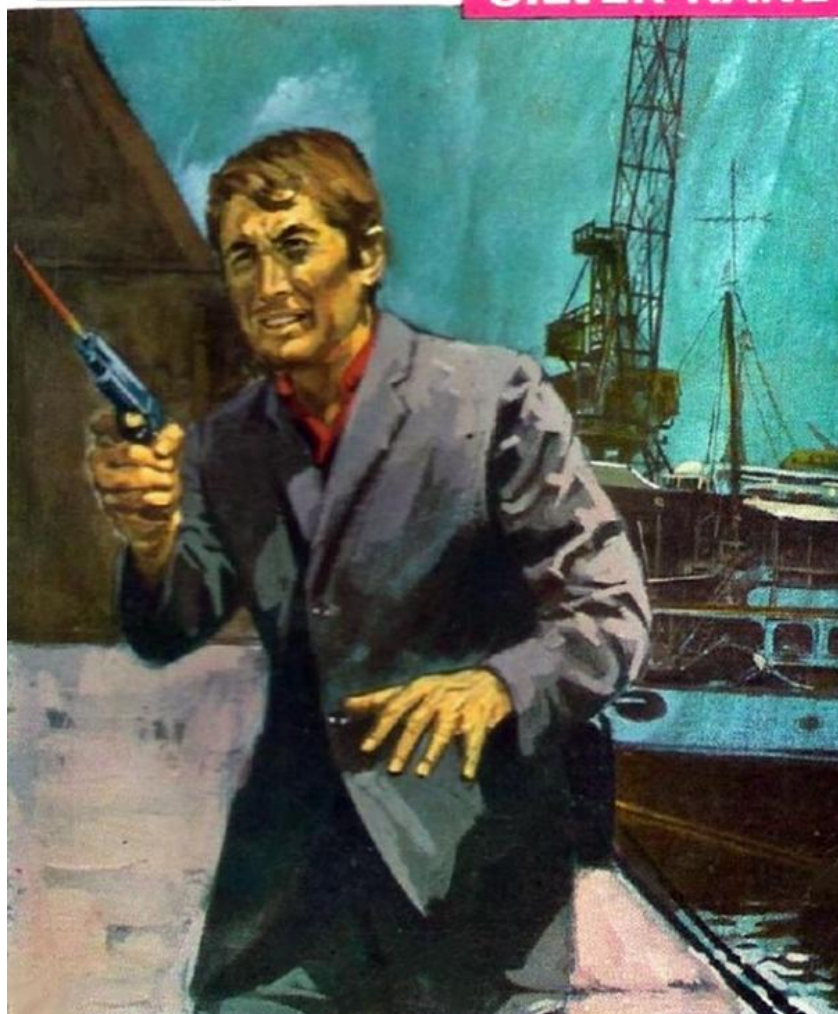


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

¡ cuando Johnny actúa...!

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

¡CUANDO JOHNNY ACTUA...!

Colección PUNTO ROJO n.º 451

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 39.407 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1970

© SILVER KANE - 1970

sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1970

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:**
1.195.— El paso de los Tres Gigantes.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
1.061.— El comando.
- En Colección SALVAJE TEXAS:**
738.— Infierno: capital Dodge City.
- En Colección KANSAS:**
629.— Buscado por asesino.
- En Colección BUFALO:**
894.— El reloj del muerto.
- En Colección ASES DEL OESTE:**
502.— Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:**
515.— La casa del eterno olvido.
- En Colección COLORADO:**
637.— Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:**
709.— Un millón para morir.
- En Colección PUNTO ROJO:**
442.— Tres diosas quieren matarme.
- En Colección ENVIADO SECRETO:**
131.— La última aventura de Johnny Klem.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:**
49.— Vendo mi cadáver.

CAPÍTULO PRIMERO

ORDEN: ¡PROTEGER AL MUERTO!

Mientras el automóvil, un aerodinámico «Barracuda», ascendía la colina que lleva a la entrada del Jockey Club, Johnny murmuró:

—Es la orden más incomprensible que me han dado en mi vida. Oswald, su jefe, le miró de soslayo.

Parecía estar atento solo a la conducción del «Barracuda», modelo casi exclusivo del que solo se había hecho una serie muy limitada, pero en realidad estaba atento a cuanto ocurría en la carretera. Ni uno solo de los pordioseros que la jalonaban le pasaba desapercibido. Hubiera podido describirlos con todo detalle una hora más tarde.

Preguntó evasivamente:

—¿Qué le parece Calcuta?

—La ciudad más miserable que he visto. ¡Y pensar que para llegar a ese club tan lujoso, lleno de aborrecibles millonarios, hemos de desfilar ante centenares de mendigos muertos de hambre! Pero no esquive la pregunta. ¿Por qué vamos hacia ahí? ¿Y qué es eso de que tengo que proteger a un muerto?

Oswald sonrió levemente y dijo un solo nombre:

—Gardov.

—Gardov murió. Murió en el incendio del hotel Aurora, en París, hace justamente dos días.

—Está bien informado, Johnny.

—No tiene ningún mérito. Fue una muerte muy comentada. Se habló de ella en todos los cochinos círculos donde nos reunimos a tomar cochino *whisky* los cochinos agentes de los servicios secretos.

—Sí... Lo malo de este oficio es que acaba conociéndose todo el mundo —dijo ingenuamente Oswald—. Sobre todo en ciudades como Nueva Delhi, París, Ginebra o Lisboa, que son capitales tradicionales del espionaje. A usted lo tuvimos que echar a puntapiés de París, Johnny, porque el agregado comercial ruso, que no era ningún agregado comercial, sabía que usted, agregado de

Prensa, no era ningún agregado de Prensa. Y porque la amiguita del agregado militar chino, que no era su amiguita, sino su experta en claves, sabía que aquella muchacha con la que usted se lio no era ningún lío, sino que necesitaba estar junto a ella porque se trataba de una de las mejores expertas mundiales en karate. Todo un verdadero asco, Johnny. Una tortilla hedionda que olía a huevos podridos. Por eso tenemos que cambiar a nuestros agentes con tanta frecuencia. Y han de conocer otras ciudades, otras chicas, otros muertos...

Johnny masculló:

—Por cierto, hábleme de ese muerto.

Oswald no contestó. Tomó una curva a excesiva velocidad, estando a punto de arrollar a un grupo de harapientos chiquillos que pedían limosna a los habituales del Jockey Club.

Johnny gritó impulsivamente:

—¡Cuidado!

Oswald hizo un gesto de desprecio.

Arrojó por la ventanilla, despectivamente, unas monedas de cobre, mirando a través del retrovisor cómo los chiquillos se mataban para conseguir una de ellas.

Johnny musitó:

—Lo que ha hecho es despreciable, Oswald. No son perros.

—¿Y qué? Ya lo sé. Pero mientras viva en Calcuta he de parecer un fulano despreciable, Johnny. Soy un tío podrido de millones y cargado de apetitos bastardos, un buitre que se relaciona con muchachitas de catorce años y cuyos vicios pronto serán conocidos en toda la India. Sólo muy pocas personas saben que nunca he tocado a esas muchachitas; y menos personas aún saben que dirijo toda la red del espionaje norteamericano en el Sudeste Asiático, la zona más sucia y comprometida del mundo. Pero ya estamos llegando al Jockey Club.

En efecto, ya veían sus fabulosas instalaciones y sus caminos color esmeralda.

Distinguían a los millonarios y las millonarias que jugaban al golf. Johnny había visto deshacerse los pulmones de muchachos de quince años en las fábricas de esparto, cuyo fino polvillo arruinaba en dos años la salud de un hombre. Había visto cargar pesadas vigas a los empleados de la construcción y subirlas veinte pisos a fuerza

de brazos, porque los hombres resultaban más baratos que una simple polea y una cuerda. Había visto a los cadáveres deshacerse al sol, plagados de moscas, porque sus familiares no habían podido pagarles la cremación. Desde que vivía en la India sentía una terrible pena y una invencible náusea.

Y ahora esto.

Ahora aquellas millonarias triponas que además meneaban unas nalgas anchas como un frontón. Aquellos *nababs* de aceitunadas pieles que movían perezosamente los palos mientras unos portadores delgados como esqueletos iban detrás de ellos con la lengua fuera.

Y de repente Oswald lo dijo:

—Bueno, allí tiene al muerto.

Habían pasado junto a uno de los campos, donde un hombre de mediana edad, un europeo sin duda, ensayaba metódicamente los movimientos antes de lanzar la pelota. Johnny lo reconoció, a pesar de que el tío se había dejado barba y a pesar de que solo lo había visto una vez. En efecto, era Gardov.

—Para estar muerto tiene muy buen aspecto —murmuró.

Oswald aparcó el «Barracuda» y dio despreciativamente una propina al servil empleado que les abría una portezuela.

Luego, mientras andaban hacia los vestuarios, dijo en voz baja y con la velocidad de una ametralladora:

—Vayamos por partes, Johnny. Ese hombre estaba en el hotel Aurora de París, pero no murió. Lo que hicimos fue identificar como suyo uno de los cadáveres calcinados. Como es lógico, los expertos que figuran en la plantilla de la Embajada rusa, y que son miembros del espionaje, quisieron comprobar enseguida si el cadáver era realmente el de Gardov. Pero, de acuerdo con las autoridades francesas, nosotros hemos puesto toda clase de pegas para que no llegaran a echarle el ojo encima. Han transcurrido dos días y todavía, no están seguros de nada.

—Comprendo.

—Mientras tanto, Gardov, que ya estaba en conversaciones secretas con nosotros para entregarse y pedir asilo político, aprovecha la oportunidad del incendio, una oportunidad que le viene que ni pintada, y se larga a Nueva Delhi con un pasaporte falso que nosotros le facilitamos, después de ponerle en manos de

un hábil maquillador. De Nueva Delhi ha viajado hasta Calcuta esta misma mañana. Ahí le tiene. En este momento, y por pura rutina, las tres cuartas partes de los agentes rusos esparcidos por el mundo, están tratando de identificarle, pero nadie sabe que está aquí. Dentro de cinco minutos usted se acercará a él y lo acompañará al «Barracuda». Hablarán como buenos amigos. Una vez lo tenga, lo llevará al aeropuerto, desde donde empalmarán con la línea que lleva a Beirut, Atenas, Roma, Madrid y Nueva York. El que se encarga del servicio en el aeropuerto es Bradford. Usted le conoce. El cuidará de todos los detalles, desde los pasaportes a los billetes. Usted solo tiene que proteger a Gardov. Le hago responsable de su piel.

Johnny asintió.

Había realizado en todo el mundo misiones semejantes.

Y nunca había fallado, por lo que no había razón para que fallase ahora, cuando las cosas se presentaban tan sencillas.

—Oswald... —murmuró.

—¿Qué hay?

—¿Cuánto ha pedido Gardov?

—Asilo político, medio millón de dólares en efectivo y un puesto estable en nuestros servicios de contraespionaje.

—Perro sarnoso...

—Ya sé: es un sucio traidor, y a usted los traidores no le gustan. A mí tampoco. Pero Gardov conoce toda la red del espionaje ruso y chino en el Sudeste Asiático. Sólo unas palabras suyas nos permitirán hacer una verdadera cacería. En el fondo nos sale barato.

Johnny apretó los labios, pero no hizo ningún comentario.

Estaba acostumbrado a aquel juego.

A veces había que olvidar a un compañero fiel en cualquier tumba oscura, y en cambio había que mimar a un sucio traidor cuya piel de serpiente daba náuseas.

Murmuró:

—He visto a otros hombres nuestros en el campo. Por ejemplo, allí está Bill, fingiendo jugar. Y allí Patton...

—Por supuesto. Tienen por misión ayudarle a usted. Nadie debe acercarse al lugar en que juega Gardov. Ellos lo impedirán con cualquier pretexto.

—Por lo tanto, los rusos, aunque supieran que está aquí, no podrían matarle.

—No. Como no lo hagan desde un helicóptero... Y puede tener la seguridad de que ningún helicóptero va a volar sobre el Jockey Club esta magnífica mañana.

Llegaron a los vestuarios y se cambiaron rápidamente, poniéndose ropas blancas y más ligeras que las que llevaban.

Mientras salían, Johnny murmuró:

—¿Así voy a viajar hasta Nueva York?

—No, claro que no. Pero aquí no puede llamar la atención. Debajo de los asientos del «Barracuda» hay dos equipos completos de ropa para sus medidas y para las de Gardov. Cámbiense mientras ruedan hacia el aeropuerto.

—Perfecto. ¿Y armas?

—Mire.

Un obsequioso porteador les aguardaba en la puerta. Ofreció a Johnny un *stick* para que lo sopesara. Johnny solo tuvo qué tocarlo para saber que aquello no era un palo de golf, sino un rifle. El disparador y la recámara estaban en el pie de metal, que bastaba hacer girar un poco.

Oswald, susurró:

—Luego lo dejas en el coche. Allí hay una pistola para ti. La llevarás hasta Nueva York.

—Perfecto.

—Tienes tres minutos. Te acercas a Gardov, le saludas, le invitas a un cigarrillo y camináis los dos hacia el «Barracuda», charlando amigablemente. La distancia está calculada para dos minutos y medio. Te sobra medio minuto para imprevistos. Yo desapareceré y ya no me volverás a ver hasta llegar a los Estados Unidos.

—De acuerdo.

Con un seco movimiento, Oswald puso en acción el segundo de su cronómetro.

—Tiempo —dijo.

Johnny hizo el mismo gesto.

Avanzó hacia Gardov.

Contaba los pasos y los segundos, mientras sus ojos de lince escrutaban los maravillosos campos de golf.

Sus auxiliares estaban allí, guardando las distancias. Estupendo.

Sólo a unas cincuenta yardas había un hombre impecablemente vestido que preparaba el tiro. A su lado, un porteador indígena, miraba los pájaros aburridamente.

Ningún peligro.

Misión asquerosa, pero sencilla.

Los ojos de Johnny se encontraron con los ojos de Gardov. Los de Johnny eran claros y azules. Los del ruso negros y espantosamente turbios.

—¿Un cigarrillo? —murmuró Johnny.

—Bien.

Gardov se lo puso en los labios y dejó que el otro le prendiera fuego. Luego aspiró el humo con deleite.

Johnny susurró:

—¿Vamos?

—Claro... Usted guía.

Johnny pasó una última mirada por los campos de maravilloso color esmeralda.

En ese momento, el individuo impecable que estaba a unos cincuenta metros, hacía el lanzamiento.

¡Pero qué lanzamiento!

Tenía que ser un maravilloso jugador de golf para hacer aquello. Su golpe fue de una potencia y una precisión increíbles. Mientras veía venir la bola, Johnny pensó una docena de cosas, una docena de cosas de las que hielan la sangre en las venas.

Pensó en el espía ruso, que ya estaba prácticamente a salvo.

Pensó en una granada de dos tiempos, escondida dentro de la bola de golf. Primer tiempo: al recibir el golpe, salta la espoleta y la carga queda libre, dispuesta para estallar al menor roce. Segundo tiempo: la bola se posa en el suelo y lo envía todo al diablo. *Brrraaam.*

John apartó al ruso de un manotazo.

Sus facciones se habían cubierto instantáneamente de sudor.

—¡Cuidado!

Pero ya no estaban a tiempo de hacer nada. Y Gardov no era tan ágil como hubiera necesitado serlo en aquel trágico momento. Sólo anduvo un par de pasos, y la bola estalló materialmente a sus pies.

La detonación fue espantosa. Parecía mentira que un objeto tan pequeño pudiera contener una carga tan potente.

Johnny saltó por los aires, dando una vuelta de campana.

El saco con los palos, que llevaba a la espalda aún, le salvó al colocárselo delante suyo. Todo él quedó completamente rociado de metralla, una metralla pequeña como granos de arroz, pero terriblemente mortífera. En cuanto a Gardov, la parte más grande que quedó de él, hubiera cabido en un maletín de mano.

Johnny dio varias vueltas sobre la hierba, mientras aún sentía en la cara la onda expansiva y en la boca, el sabor de la muerte.

Pero reaccionó enseguida. Ya que no podía salvar a Gardov, al menos liquidaría al tipo que lo había matado. Movi6 el palo de golf que se convertía en un rifle, y del cual no se había desprendido en ningún momento.

Por su parte, uno de los dos agentes encargados de vigilar la zona, ya se había puesto en movimiento también.

El porteador que estaba a su lado acababa de extraer del saco una pistola de tiro rápido. El agente trató de disparar.

Sólo «trató», porque no llegó a hacerlo.

Una segunda bola acababa de ser lanzada con una rapidez y una precisión aturdidora. Fue a caer justo a los pies del agente, que no tuvo tiempo ni de dar un salto hacia atrás.

El estallido también le convirtió en pedazos. Quedó más deshecho que el propio Gardov.

Johnny, desde el suelo, disparó dos veces.

Pero el arma, que no podía ser demasiado precisa, sufría una ligera desviación hacia la izquierda. Él no disponer de punto de mira, también le desorientó en el primer instante. Las dos primeras balas salieron desviadas por menos de medio palmo.

—Y Johnny ya no tuvo tiempo de disparar más, porque otros tres individuos habían aparecido en su campo de acción. Vestían impecablemente de blanco y llevaban con desenvoltura sus *sticks*, como si fueran jugadores experimentados. Pero algo indicaba en la rudeza y rapidez de sus gestos que no eran millonarios acostumbrados a jugar al golf. Sus palos se transformaron en rifles tan peligrosos como el que tenía Johnny.

Este comprendió que la vida sería del más rápido.

Aquello era un duelo como los de los buenos tiempos del Oeste. Hizo girar su rifle en un pequeño ángulo y disparó dos veces.

Ahora ya había corregido la desviación del arma. Esta vez no

falló.

Los dos hombres hicieron extrañas piruetas, mientras sus impecables vestidos blancos se teñían de rojo. También la hierba color esmeralda se tiñó de sangre.

Un automóvil vino entonces raudamente hacia la zona del tiroteo.

Aplastando la hierba sin consideración, el fabuloso «Jaguar» de plata maciza (como los que aún posee algún maharajá en la fabulosa y miserable India) trató de llegar hacia donde estaba el jugador de golf que ya había causado dos muertos. Johnny comprendió que aquella era la última arma de su jefe, el cual disponía de aquel coche para casos de emergencia extrema. Era una última carta que había empezado a jugar.

Y que le daría el triunfo.

Porque el «Jaguar» tenía que estar blindado. Seguro que lo estaba. El hombre que había matado a Gardov acabaría liquidado como había acabado su victoria.

Johnny ya no disparó más para que las balas no se cruzaran en el camino del «Jaguar», que avanzaba raudamente. Por sus dos ventanas posteriores asomaban sendas pistolas ametralladoras. Y entonces, con todos los nervios en tensión, Johnny contempló un espectáculo que le pareció asombroso.

El jugador, fuera quien fuera, demostraba tener unos nervios de acero y una sangre de hielo. Mientras el «Jaguar» volaba hacia él, puso otra bola sobre la hierba y calculó el tiro con la mayor tranquilidad, como si no tuviera ninguna prisa. El palo se movía entre sus manos tan cadenciosamente como un péndulo. Johnny estaba como extasiado mirando aquello, porque, aunque se tratase de un enemigo, era un enemigo como jamás había tenido otro. Vio que el jugador hacía oscilar ambos brazos y de repente... ¡lanzó!

Fue prodigioso.

Y a la vez fue horrible.

Pero Johnny no había visto nunca nada semejante, y por eso quedó petrificado, con la boca materialmente abierta.

La bola acababa de penetrar por una de las ventanas abiertas posteriores del «Jaguar».

Ninguno de los que estaban dentro tuvo tiempo de evitar nada.

La coraza del vehículo tampoco sirvió. Todo el pesado «Jaguar»

se elevó por los aires y durante unos segundos que se hicieron interminables pareció bailar sobre sus cuatro ruedas una extraña rumba. Dentro no se oyó ni un grito de dolor. Sólo la terrible explosión que lo deshizo todo.

Johnny se rehízo. Logró disparar de nuevo, pero ya su enemigo se había perdido por un declive del terreno. Se movía con tanta agilidad que las dos balas siguientes pasaron altas.

Mientras tanto parecía como si en el inmenso campo del Jockey Club nada sucediese.

Los jugadores estaban tan alejados y las distancias eran tan grandes que los disparos y las explosiones apenas alteraron la calma de una pequeña zona. En las terrazas, muchos millonarios mofletudos y muchas millonarias panzudas se preguntaron qué pasaba. A un camarero bengalí se le cayeron los vasos. Pero la mayor parte de la gente siguió sorbiendo tranquilamente sus *gin-fizz* o sus *bourbon* dobles, mientras varios porteadores corrían despavoridos de un lado a otro, moviendo sus piernas esqueléticas y pensando que a última hora quizá les harían pagar a ellos los platos rotos.

Johnny se había puesto en pie.

No sabía si perseguir a su enemigo porque aquello no estaba previsto. Quizá a su jefe le interesaba que él siguiera allí. De pronto lo vio avanzar.

Oswald estaba demudado.

Tenía la cara de color ceniza.

Miró el cuerpo del ruso y murmuró con voz tenue:

—Vamos...

—¿Irnos...?

—Claro que sí. Perdido por perdido, al menos que no nos relacionen con esto.

Johnny asintió en silencio.

Sabía que de un momento a otro podía llegar allí la policía. Y la policía india es tan astuta como cualquier otra. Y por la proximidad del país a una de las zonas de fricción más peligrosas del mundo, está supersensibilizada y trata de llegar hasta el fondo en los problemas de espionaje.

Caminaron hacia el «Barracuda» sin darse demasiada prisa, como si fueran dos millonarios a los que molestaran las explosiones.

Una vez allí, Oswald puso el coche en marcha y salieron. Sus facciones seguían siendo de color ceniza.

Johnny balbució:

—Ha sido increíble...

—Nadie es responsable. Nadie hubiera podido evitarlo.

—Pero aquel jugador... ¡era asombroso, increíble! ¡Nunca he visto nada igual!

—Yo, sí.

—¿Usted...?

—Sí, en una película.

—¡No me diga...!

Salían del Jockey Club y enfilaban a toda velocidad la carretera solitaria, solitaria, a excepción de los mendigos, que seguían impasibles allí como si nada de lo que sucediera en el mundo exterior pudiese afectarles.

—En una película que captaron nuestros servicios secretos —aclaró Oswald—. Mostraba el entrenamiento de los agentes rusos en un campo de pruebas cercano a Jasnaya-Polianska. Allí pude presenciar las exhibiciones del coronel Kilbert, un jugador de golf que podría ser campeón del mundo... Un jugador inocente, a lo que parece... Hace cualquier cosa. Sería capaz de introducir una pelota por el ojo de una cerradura.

—Eso quiere decir que los rusos sabían dónde estaba Gardov, su desertor...

—Eso quiere decir que han vigilado prácticamente todo el mundo. Y eso quiere decir que su experiencia, o tal vez la casualidad, les ha ayudado. Tuvieron unas horas para preparar la muerte de Gardov, ya que no podían rescatarlo, y enviaron a Kilbert, su mejor asesino. He de reconocer que ha hecho su trabajo de un modo admirable.

—Eso es lo único que nos salva en nuestra cochina profesión —musitó Johnny—. El ser capaces de admirar a un enemigo que nos afeita las narices sin que nos demos cuenta. Además, ¿sabe? a mí no me duele que Gardov se haya ido al infierno.

—A mí tampoco, en cierto sentido —murmuró Oswald—. Como persona era despreciable. Y si un agente nuestro se pasara a los rusos con todos sus secretos, yo mismo lo mataría si pudiera. No le reprocho a Kilbert nada. Pero como agente, Gardov nos hubiera

sido muy útil. Él había organizado toda la red de espías rusos en el Sudeste Asiático, y estaba en tratos con los espías chinos, de modo que podía desenmascararlos también. Con su ayuda, una semana nos habría bastado para quedarnos sin enemigos en esa zona vital del mundo.

Johnny asintió.

Pero, pensarán lo que pensarán, ya era tarde para lamentarlo.

—Algunos de nuestros hombres han muerto —susurró mientras penetraban en los suburbios de Calcuta—. ¿Y ahora qué...?

Oswald se encogió de hombros.

—A todos los habíamos hecho fichar como maleante, internacionales —dijo—. La policía confundirá el cariz del asunto y se limitará a meterlos a todos en la fosa común. Asunto liquidado.

Johnny apretó salvajemente los labios.

—Algunas cosas aún no las trago, jefe. Me parecen miserables.

—¿Y qué? Dentro de un tiempo ya no se lo parecerán.

Y tendió a Johnny una ficha.

Era una reproducción exacta de las que emplea la policía india.

—A usted también le he hecho fichar, Johnny —murmuró—. Si hubiese muerto, también le habrían metido en la fosa común. Mire. Qué bonito hace, ¿verdad? Fichado por trata de blancas.

Johnny sentía unos deseos terribles de escupir.

Pero se aguantó.

Lo único que hizo fue cerrar los ojos.

CAPÍTULO II

LA ROCA DE MANHATTAN

—Toda la isla de Manhattan está edificada en pura roca — explicaba el guía a los turistas que contemplaban asombrados las inmediaciones del Lincoln Center—. Me explicaré mejor: Manhattan es una isla de roca sobre la cual han podido edificarse, con una absoluta seguridad para sus habitantes, los rascacielos más altos del mundo. Esos rascacielos que ven, señalan el principio de una nueva civilización y una nueva edad del hombre. Pronto no tendremos necesidad de poseer una ventana para recibir la luz del sol. Nuestras futuras viviendas consistirán en enormes bloques de acero donde todo será automático y graduable. Nuestros hijos nacerán en casas que...

Johnny no siguió escuchando.

Se había detenido un momento para oír al guía, que hablaba en alemán, tratando de captar de qué comarca renana procedía su acento. Eso formaba parte también de los entrenamientos de Johnny. Los idiomas, los malditos idiomas en los que no podía equivocarse nunca... Encendió un cigarrillo y siguió andando. Muchas veces pensaba que aquella futura humanidad donde todo iba a ser artificial, caminaba hacia el puro desastre.

Tomó el autobús y se hizo conducir a su viejo barrio: el West Side, en la zona comprendida entre las avenidas Ocho y Nueve y las calles Cincuenta y Cincuenta y cuatro. Aquello aún conservaba el ambiente de su niñez. Se levantaban aquí y allá nuevos edificios de acero y cristal, pero la mayoría de las casas aún eran bajas, y las tiendas pequeñas tenían un ambiente recogido e íntimo. Johnny había nacido allí, y aún conservaba su casa. Cada vez que le concedían descanso, como ahora, volvía para pasar unos días allí.

Además, le convenía para seguir disfrazando su personalidad.

Para sus vecinos y sus viejos amigos, él era un representante internacional de maquinaria que viajaba por todo el mundo. Un hombre que podía haber prosperado económicamente, pero que no ahorrraba un centavo a causa de su desordenada pasión por el juego.

Sólo su hermana Anita conocía la verdad. Lucy, la pequeña paralítica a la que él quería más que nada en el mundo...

Descendió del autobús y se dirigió hacia la casa silbando una cancioncilla.

Ya se había olvidado por completo de los sucesos de Calcuta. Aquello quedaba en el otro lado del mundo. ¡Al diablo!

Oswald le había dado quince días. «De momento estás gastado, muchacho. Quince días para ti. Vete a cines baratos, toma helados y soba a alguna chica si se te pone a tiro. Mira la televisión por las noches y en resumen, haz la vida del perfecto contribuyente idiota».

Johnny llegó ante la casa.

Y vio la ambulancia de la policía parada ante ella. Lo primero que pensó fue en una bronca a gran escala de las que a veces se producían en la vecindad. Alguna cuchillada, alguna ceja partida, alguna dentadura que vuela y otras mandangas por el estilo. Pero había demasiados policías allí para tratarse de una simple bronca. Johnny, a pesar de toda su experiencia, estaba, mortalmente pálido cuando llegó ante la entrada de la casa.

Un tipo vestido de paisano, y cuya gabardina parecía haber sido sacada media hora antes de una subasta de Sacks (^{1}), le cortó secamente el paso.

—Lo siento. Nadie puede pasar.

—Es que... yo vivo aquí.

—No nos lo han descrito al mencionar a los vecinos.

—¿Es que... ha ocurrido algo?

—Un doble asesinato.

Johnny no pensó que pudiera afectarle a él. Sólo se preguntó: «¿A qué vecino le habrá ocurrido?»

De pronto surgió James.

James era el policía puertorriqueño que llevaba muchos años de servicio en el barrio. Conocía a Johnny como si lo hubiera visto nacer. Le contempló con unos ojos espantosamente vacíos, espantosamente húmedos.

—Déjelo pasar, sargento. En efecto, es un vecino. Yo le

acompañaré.

Lo llevó a través del pasillo penumbroso a la escalera que Johnny conocía como si la hubiera construido al mismo. James seguía con la mirada perdida y con los ojos húmedos. Justamente en el piso donde vivía Johnny, había otro policía. James hizo un gesto para que los dejaran pasar.

Ahora Johnny sentía que se le había secado la boca.

No sabía qué pensar.

Pero las rodillas le temblaban como si fuera un muchachuelo que por primera vez va a enfrentarse a lo desconocido.

James murmuró:

—Tengo fe en ti, Johnny.

—¿Fe? ¿Por qué... por qué has de tenerla?

—Sé que lo aguantarás.

—¿Qué es lo que he de aguantar?

—Mira.

Lo hizo pasar al cuarto de baño.

Era un cuarto de baño antiguo, sin demasiados refinamientos, con una bañera mayor de las que se construyen ahora. Estaba llena de agua. Y en el agua flotaba de bruces el cuerpo de una muchacha de catorce años, con las ropas desgarradas. Tenía los cabellos terriblemente desordenados, lo cual indicaba que la habían sujetado por ellos, manteniéndole la cabeza debajo del agua hasta que perdió la vida.

Johnny necesitó apoyarse en la jamba de la puerta.

No podía creerlo.

Sus ojos desorbitados no veían. Habían perdido toda vida, toda luz.

James susurró:

—Es tu prima hermana Silvia. La que cuidaba de tu hermana Anita.

—¿Anita? ¿Qué le ha ocurrido a..., a...?

James le entregó una botella-petaca llena de *whisky*.

La había recogido al pasar, no se sabía de dónde.

—Bebe. Es un favor que te pido. Bebe basta que el licor te salga por las uñas de los pies. Bebe todo lo que puedas aguantar, muchacho.

Johnny bebió.

Bebió, en efecto, todo lo que pudo aguantar, hasta que se le abrasaron las entrañas.

—Ahora, ven.

El conocía el dormitorio de Anita. Lo conocía porque la paralítica siempre estuvo allí, sin salir apenas, a pesar de su hermosura. Johnny traía un regalo para Anita, un collar de perlas que ella le había pedido. Sintió como si el estuche fuera radiactivo, como si le abrasara la tela del traje y a través de ella la cadera.

Anita estaba sobre el lecho.

La habían degollado. Nadaba en un mar de sangre.

Pero no era solo eso.

Sus piernas de muchacha que nunca ha podido servirse de ellas, parecían destrozadas por una fuerza atroz.

No llevaba apenas nada encima.

Johnny cerró los ojos.

Un sudor lívido bajaba por su nuca y resbalaba hasta la espina dorsal.

James musitó:

—Mañana hubiera cumplido dieciocho años.

—¿La han... han... han...?

—¿No lo ves? Han hecho con ella lo que han querido. Ha sido salvaje. El médico ha echado una ojeada ya. Ha dicho que al menos cuatro hombres, antes de matarla...

Johnny se apoyó en la pared. La lógica pugnaba desesperadamente por introducirse en su cerebro. Todo aquello era atroz, pero al mismo tiempo ridículo. En una casa donde había vecinos, donde había gente...

James adivinó sus pensamientos. Eso no era difícil, porque los pensamientos se hallaban como impresos en el rostro de Johnny.

—Lo hemos descubierto ahora —susurró—, pero las cosas sucedieron sobre las cuatro de la madrugada, cuando todo el mundo duerme. Anita no debió chillar porque es seguro que la amenazaron con que, si lo hacía, ahogarían a Silvia. Y de todos modos lo hicieron, para eliminar testigos. Cómo también eliminaron a Anita...

Johnny tenía la boca terriblemente seca.

No podía hablar.

Pero la lógica aún pugnaba por entrar en su cerebro.

—¿Cómo pasaron aquí? —balbució.

—Hemos visto forzada la cerradura. Un trabajo burdo, de aficionados, pero que resultó eficaz.

—¿Al... alguna... alguna pista?

—Tú no entiendes en cosas de policía, Johnny. Nunca has disparado una pistola. Déjanos eso a nosotros.

—He dicho que si hay alguna pista...

Al puertorriqueño le sorprendió aquella voz.

No parecía la voz de Johnny. Diríase que había surgido de las entrañas de algo que nada tenía que ver con él.

—No debería decírtelo —balbució—, pero parece que el teniente ha encontrado una cosa.

—¿Qué es?

—Aún no lo ha metido en un sobre para llevárselo. Mira.

Johnny miró. Era un botón de camisa. Pero un botón grande, casi enorme, recortado en forma de flor. Aquello solo lo llevaría un hippie. No recordaba haber visto nunca una cosa igual.

James musitó:

—Es un modelo exclusivo. Claro, tú no estás al corriente de las modas de Nueva York. Hay gente que en las camisas se pone esto. Creo que es una pista tan buena como si uno de los asesinos hubiera dejado su retrato encima de la mesilla.

Johnny no lo tocó. Pero había visto lo suficiente para saber en qué dirección moverse. Con menos datos que aquel había perseguido a hombres (y los había matado) de un lado a otro del mundo.

—¿Quién... lo descubrió?

—Porter, el ciego.

Johnny seguía apoyado en la pared, sin fuerzas.

—Cierto... —dijo—. El subía el periódico todas las mañanas... ¿Dónde está ahora?

—Arriba, en su piso. No le hemos dejado acercarse más. Cuando ha tocado el cuerpo de Silvia dentro de la bañera, ha sufrido un ataque de nervios.

—Quiero hablar con él.

—No te lo aconsejo. Está destrozado ahora.

—Porter fue un abogado criminalista de los mejores, de Nueva York. Hubo de retirarse al quedar ciego, y ahora está viviendo en este barrio modesto, comiéndose lo que ganó. Tiene serenidad

suficiente para haberse rehecho ya. No es un hombre cualquiera.

—Está bien, sube.

Johnny lo hizo.

Nunca aquellos peldaños gastados le habían parecido tan interminables. Nunca como ahora había tenido aquella angustiosa sensación de que jamás volvería a mover las piernas.

Porter, en efecto, se había rehecho, pero solo en parte. Aún estaba tumbado en una butaca y parecía incapaz de moverse de allí. Johnny vio al alcance de su mano toda una colección de somníferos. Sin duda se había atiborrado de pastillas hasta alcanzar aquella especie de nirvana, en el que se daba cuenta de las cosas, pero como si las estuviera viendo en una película desteñida y borrosa.

Las gafas negras impidieron ver sus ojos, pero sus manos temblaban.

—En mal momento has venido, Johnny. Mil veces en mal momento.

—Quiero saber cómo fue, Porter.

—¿Y qué? ¿Qué importancia tiene eso? Lee el atestado de la policía. Allí está explicado todo lo que yo te podría explicar.

—Porter, quiero todos los datos. Todo, como si lo estuviera descubriendo otra vez ahora.

—¿Y para qué? ¿Es que un representante de maquinaria va a descubrir algo que no descubran los polizontes? Además, necesito un trago. Me he tomado no sé cuántas pastillas y lo peor es que no me hacen efecto. Tengo el estómago destrozado, la cabeza me zumba... ¡Por favor, Johnny, sácame de aquí! ¡Sácame de aquíiii...!

Estaba a punto de sufrir un ataque de nervios otra vez. Johnny tiró de él y lo sacó a viva fuerza. Porter chocaba con todos los objetos de su habitación, como si alguien los hubiera cambiado de sitio.

No sabía ni dónde estaba. Los barbitúricos debían haberle puesto al borde de la alucinación. Y era mejor que no viese, porque caso de ver los objetos se hubiese mareado irremediablemente. Al menos eso fue lo que pensó Johnny. Casi cargándolo sobre los hombros, lo sacó de allí.

Porter masculló:

—Mi bastón.

—¿Qué pasa?

—No puedo ir sin él. Soy incapaz de dar un paso sin él, aunque alguien me acompañe. Por favor, dámelo. Tiene que estar en el paragüero.

El joven se lo entregó. Bajaron tanteando las escaleras.

Alguien había cerrado la puerta del apartamento de Johnny. Fue mejor así, porque Johnny, al pasar, no vio nada. Dos policías estaban en el rellano y les hicieron señas para que no se estuviesen allí.

Porter seguía arrastrando la punta de su bastón por el portal.

De pronto bisbiseó:

—Espera.

—¿Qué pasa?

—He tocado algo, Johnny. Es como si yo tuviera dedos en el bastón. ¡Me he acostumbrado tanto a él! Y he tocado algo que anoche no estaba aquí. Mira a ver tú lo que es, Johnny.

El joven se inclinó.

Tomó entre dos de sus dedos aquel pequeño objeto, mientras palidecía intensamente.

—Es un gemelo. Mejor dicho, un trozo.

—¿Un pedazo de gemelo? ¿Y cómo es?

—Hace juego con algo que los policías han encontrado arriba. Hace juego con un botón monumental de camisa que imita una flor.

Porter balbució:

—Dámelo.

—No. Déjamelos a mí. Es una prueba que yo necesito. La policía no ha de hacer nada con esto, Porter.

Sacó de allí al antiguo abogado, metiéndolo en el bar que estaba casi contiguo a la casa. Los clientes a aquella hora eran taxistas sin pasaje y algunos representantes de comercio con su cartera a cuestas. El dueño ya debía estar enterado de todo. Miró a Johnny y le sirvió sin preguntarle una ración de ron que hubiera tumbado a una compañía de cosacos.

Johnny tenía la mirada perdida.

Con una voz que era apenas audible, musitó:

—¿Dónde llevan esas camisas y esos gemelos, Porter? ¿Será difícil averiguarlo?

—No.

—Supongamos que lo averiguo. Supongamos que echo el guante

a esos hijos de perra.

—Me gusta la idea, Johnny. Se me hace la boca agua solo de pensar en eso. Sigue.

—¿Qué les harán?

—¿Quieres decir que qué les ocurrirá si son juzgados legalmente?

—Sí.

Porter se encogió de hombros.

—Tú eres un hombre de cultura, Johnny, aunque te dediques a vender maquinaria a comisión. Debes saberlo.

—Tú lo sabes mejor que yo. Has sido abogado en los tribunales de Nueva York durante quince años. Tú debes saber perfectamente lo que ocurrirá si alguien pesca a esos hijos de perra.

Porter se encogió otra vez de hombros, pero ahora con un gesto de impotencia.

—No estamos en el Oeste, Johnny.

—¿Qué quieres decir?

—Que aquellos eran buenos tiempos. El hombre a quién le habían hecho lo que a ti, buscaba a los culpables, los ahorcaba o los metía en un pantano con una piedra atada a los pies. Pero ahora los tiempos son distintos. Ahora, si esos buitres aparecen, serán juzgados.

—¿Y...?

—Imagina que hayan tomado drogas. Entonces se les considerará enfermos. El único castigo que se les impondrá será una cura en una clínica especializada. Y luego vuelta a empezar. Eso si no se ríen del tribunal, como los asesinos de Sharon Tate (^{2}).

El chirrido de los dientes de Johnny se oyó en todo el bar.

Con voz espesa, que seguía siendo apenas audible, murmuró:

—Quiero sus cabezas, Porter. Quiero sus cabezas para mí. Cuando los encuentre no habrá juicio. No habrá jurado, no habrá nada. Sólo unos cuantos muertos. O peor aún: unos cuantos pedazos de muertos.

Los dedos de Porter aferraron con fuerza la barra, con una terrible fuerza, hasta que los ensamblajes de metal crujieron.

Era increíble lo que aquel hombre podía hacer aún.

Lástima de sus ojos...

El antiguo abogado bisbiseó:

—¿Quieres un consejo, Johnny?

—No lo necesito.

—Quizá no esté de más, de todos modos. Te lo daré. Vuelve a los viejos tiempos del Oeste, Johnny. Convierte la jungla de Nueva York en una pradera donde no haya más ley que la ley de tu venganza. Mátales uno a uno, Johnny. Conviértelos en pedazos y tiñe la corriente del Hudson con su sangre. Haz que sus restos aparezcan en la cloaca más inmunda de Nueva York. No dejes que se burlen de la ley si son capturados.

El joven guardaba silencio.

Había bebido todo el ron y le abrasaban las entrañas. Pero no era eso lo que sentía. En aquel momento sacaban los dos cadáveres en dos camillas. Johnny sintió que le temblaban las rodillas otra vez y tuvo que apoyarse en la barra.

La voz parecía llegarle desde muy lejos:

—¡Johnny, mátales!

Él sabía dónde encontrarlos.

Y si no los encontraba donde había pensado, cribaría Nueva York palmo a palmo. Haría hablar a los truhanes de los muelles. A las mujerzuelas de la calle Cuarenta y dos. A los *hippies* de Washington Square.

A los voyeurs que entre la maleza de Central Park veían besarse a las parejas.

Salió a la calle.

Un teniente, al que no conocía, le cortó el paso. Era un tipo alto, cuadrado, de mirada maléfica. Tomó a Johnny por un hombro mientras lo zarandeaba levemente, pensando que estaba borracho.

—Oiga, amigo... Siento mucho lo que ocurre, pero tal vez lo necesite para una declaración. Dónde estaba usted anoche y todo eso. Hágase cargo. No se aleje de la ciudad sin un permiso especial. Esté a disposición de la Brigada Criminal en cualquier momento en que sea llamado.

Johnny por poco lo derriba de un empujón. Y no le escupió a la cara porque tenía la lengua espantosamente seca.

Se alejó de allí dando tumbos como un borracho.

CAPÍTULO III

LAS LUCIERNAGAS DEL RIO

Todos aquellos sucios gusanos, toda aquella hediondez de la gran ciudad, todos aquellos marginados que ya no tenían ni sexo, pero que eran capaces de atacar a dentelladas a una víctima indefensa, se reunían en la parte baja de Greenwich Village. Allí lucían sus pelucas postizas, sus brillantes motos, sus blusas de fantasía y sus pantalones ceñidos. Allí lo mismo asediaban a una mujer que hablaban entre sí de lo bien que se estaba poniendo un hombre.

Johnny había visto casi dos mil fichas en pocas horas.

Dos mil fichas más confidenciales que las que tenía el FBI. Fichas pertenecientes a los bajos fondos y elaboradas pacientemente por el Servicio Secreto.

Johnny tenía dos pistas: un botón y un pedazo de gemelo.

Oswald le hizo prometer que no se metería en líos. Y Johnny prometió sin intención de cumplir.

A causa de eso, Oswald, que acababa de llegar a Estados Unidos de nuevo, le aseguró:

—Te ayudaré.

Y le había ayudado.

¡Vaya si le había ayudado!

Interrogatorios y más interrogatorios en pocas horas. Soplos en todos los rincones de Nueva York. Redadas secretas y más de una paliza salvaje en sótanos que la policía no conocía.

Por fin, todo aquello había dado un resultado. Johnny tenía un nombre: Coney Fords. Y el título de un antro: Las Sílides.

No llevaba armas cuando entró allí.

Sólo sus puños y su salvaje deseo de matar.

Las Sílides...

Resultó que allí todas las sílfides eran hombres. O al menos tipos que lo habían sido.

Ni una chica.

El antro era lujoso y estaba tapizado de terciopelo rojo. El ambiente era reservado. Sin duda alguien pagaba para que la policía no metiera nunca las narices allí.

Johnny no tenía la misma pinta que los otros. No, no la tendría jamás. Sus ojos vacíos y muertos, además, eran los ojos de un chacal que está viendo debatirse a su presa.

El de la barra movió una de las blondas de su camisa de encajes.

—¿Qué quieres tomar, amiguito? Tú eres nuevo, ¿no?

—No te preocupes; pronto seré viejo.

—Hala, no me digas... ¿Qué quieres sorber?

—Un *whisky* triple —masculló Johnny.

—¿Con hielo?

—Con sangre.

El de la barra dio una nueva sacudida a sus encajes.

—Chico, cómo venís los nuevos... Estáis que os coméis el mundo...

Y le sirvió un *whisky* de mala muerte que no hubiera hecho vibrar ni a un niño. Johnny lo bebió de un trago y dejó cincuenta dólares sobre la barra.

—Más —susurró el tipo de las blondas.

—¿Qué...?

—Yo valgo más.

Johnny sintió que se le secaba la boca.

Los puños casi se le disparaban solos.

—No estoy hablando de ti, marrano.

—¡Bestia! No me digas esas cosas...

—De ti solo quiero una información.

—Pues no seas tan ávaro... ¡Hala! Vacía el bolsillo y vacía la lengua.

Johnny vació el bolsillo.

Cien dólares.

Y la lengua:

—Quiero ver a un tipo llamado Coney Fords.

El otro parpadeó.

—Picas alto.

—¿Por qué?

—Coney Fords es el dueño de todo esto.

—No lo sabía. De veras no lo sabía.

—Además te vas a llevar un chasco. No es de los nuestros. Es de los que tiene amiguitas. Coney Fords no te servirá de nada. ¿Por qué no miras en derredor tuyo? Hay otras cosas para ver.

Sí, había otras «cosas».

Johnny tuvo que apretar los dientes para no escupir.

Cincuenta dólares más.

—De todos modos me gustaría ver a Coney Fords —insistió.

—Muy bien; entonces llega hasta la puerta que hay al final de aquel pasillo. Allí está su despacho y encontrarás a su secretario. Que él decida.

Johnny hizo crujir sus nudillos.

—Okey, hermano.

—Que tengas suerte.

En efecto, al final del pasillo había una puerta con una inscripción: «Prívate». Era lo típico. Johnny golpeó con los nudillos y le abrió un tipo que no tenía la misma pinta que los de fuera. Por el contrario, este parecía un ex boxeador. Medía dos metros.

—¿Qué quiere?

Johnny le miró con una sonrisa helada.

—Ver a Coney Fords.

—No está.

—Podría esperarlo...

—No.

—¿De veras?

—Soy yo el que decide —dijo el guardaespaldas.

—Pues muy bien, amigo. ¡Decide!

Y el puño derecho de Johnny salió disparado como el brazo de una catapulta. Aplicó un golpe de karate al pómulo derecho de su enemigo. Era un golpe ensayado cien veces. Un golpe de los que no perdonan.

Aquellos dos metros de hueso y músculo se derrumbaron. No exhaló ni un grito. Johnny pasó por encima del caído, lo apartó para que no estorbara y cerró la puerta.

Ahora podía registrar bien el apartamento. Porque aquello no era un despacho, sino una verdadera vivienda. Había una sala de

recibir, un despacho, un dormitorio... Johnny lo registró todo, sacando especialmente las camisas que llenaban el armario.

Todas ellas eran de fantasía. Casi femeninas.

Sin duda, Coney Fords no pertenecía al grupo de sus clientes. Él debía tener un sexo bien definido, pero comerciaba con las debilidades de los otros. Eso le obligaba a vestir pop, a parecer uno más, aunque no lo fuese.

Dos de las camisas al menos tenían botones como los que Johnny había encontrado en su piso.

A ninguna de las camisas, sin embargo, le faltaba un botón. Eso, en cierto modo, era lógico, porque Coney debía haber entregado a lavar (o tal vez la había destruido) aquella pieza comprometedora, que entre otras cosas debía estar manchada de sangre. Sin embargo, Johnny siguió buscando. Y en una pequeña caja de laca donde Coney guardaba algunos objetos distinguidos, como su encendedor de oro y sus gemelos de platino, descubrió una pieza exactamente igual a la que aún conservaba en sus bolsillos: el duplicado del gemelo roto.

Los dientes de Johnny produjeron un chirrido.

Estaba sobre la buena pista. Había llegado en poco tiempo al final de un largo camino. Ahora solo le faltaba: ¡matar!

Pero la cosa no iba a ser tan sencilla.

Por lo pronto, estaban a punto de matarle a él.

La pistola se apoyó en sus costillas mientras una voz helada decía:

—¿Tanto interés tienes por mis cosas, amigo?

Johnny volvió apenas la cabeza.

Vio apenas en escorzo el rostro de Coney Fords, que le había sido mostrado en una de las fotografías de los ficheros secretos. Coney Fords vestía como un *gentleman* y también llevaba bajo el *smoking* rojo una camisa de blonda.

A la memoria de Johnny volvieron las palabras de Oswald:

«Es de los pocos tipos que han sido vistos con camisas de fantasía de esa clase. Tiene antecedentes también por ultrajar a una muchacha. Ese debe ser tu hombre, Johnny. Ese debe ser...»

Johnny apenas movió los brazos.

—Usted es mi hombre, amigo —dijo—. Es el hombre con el que llevo soñando no sé cuántas horas.

Y contorsionó todo el cuerpo.

Cuando Coney Fords apretó el gatillo de la pistola silenciador, la cintura de Johnny ya no estaba en el mismo sitio que unas décimas de segundo antes. Su puño derecho tampoco. El puño derecho entró en contacto con la mandíbula de Coney, le hizo saltar y lo estrelló contra una de las mesas, que produjo un sonido chirriante.

Coney no se dio por vencido.

Tiró con movimientos febriles del cajón central de aquella mesa.

De allí extrajo un temible cuchillo, una verdadera gumia oriental que tenía la hoja ondulada como el cuerpo de una serpiente. Emitiendo un chillido casi femenino, se lanzó al ataque.

Johnny le sujetó con las dos manos la muñeca armada. Hizo un quiebro y pasó el cuerpo de Coney por encima de su espalda. Se oyó un chirrido siniestro cuando el brazo se le partió por dos sitios distintos.

Coney no pudo ni gritar.

Quedó espatarrado junto a la cama, mientras con el brazo sano intentaba febrilmente llegar a uno de los varios timbres que había en la pared.

Consiguió hacerlo sonar. Cuando ya era demasiado tarde, Johnny se dio cuenta de que aquello significaba una especie de alarma general en el establecimiento.

Cinco individuos entraron a la vez. Todos llevaban melenas o pelucas, todos llevaban blusas con abalorios y mostraban en los dedos anillos llenos de aristas. Por si eso fuera poco, a ninguno le faltaba su correspondiente cuchillo.

Johnny no esperó a que le atacaran.

Atacó él.

Aquella ansia loca de matar que se había adueñado de su sangre le dio una fuerza y una audacia que en otras circunstancias quizá no hubiera tenido. Atacó como un borracho o como un drogado. Lanzó un grito salvaje sabiendo que allí no importaba el ruido, porque no intervendría la policía.

Era un auténtico maestro del karate, y el karate le sirve precisamente para hacer caricias. El doble puntapié a las costillas de uno de sus enemigos, le hundió toda la parte derecha del cuerpo. El tipo lanzó un grito de rata aplastada cuando las costillas se le hundieron en los pulmones. Los otros retrocedieron un momento,

asustados, sin saber de dónde había salido aquella especie de bestia.

Johnny no intentaba disimularlo.

Era ciertamente una bestia ansiosa de sangre.

Uno de los puñales le desgarró el traje de arriba abajo, tratando de perforarle el lado izquierdo del cuerpo. Johnny sujetó al tipo por la entrepierna y la camisa, lo levantó y le destrozó la cabeza contra el borde de una de las mesas.

Ahora tenía un enemigo a su espalda.

Se volvió en fracciones de segundo, cuando ya la hoja de acero le iba a penetrar junto a la columna vertebral. Un rodillazo al bajo vientre de su enemigo hizo que éste se encogiera, encogiéndose también el brazo derecho y haciendo retroceder el cuchillo. Johnny se inclinó rapidísimamente, lo sujetó por el tobillo, lo volteó, cuando lo tuvo delante de nuevo, le propinó un terrible golpe bajo la fosa nasal, con las dos manos unidas.

El tipo se le arrugó instantáneamente.

Johnny sabía que aquel golpe era mortal.

El otro trató de huir, sin duda para pedir más refuerzos, pero el joven ya no le dio tiempo. También, lo sujetó por un tobillo y lo hizo voltear como una campana. La cabeza de su enemigo, se estrelló en el borde de la mesa, donde segundos antes se había estrellado la cabeza del otro.

Coney Fords no podía creerlo.

Estaba tan aterrorizado que no podía ni chillar.

Boqueaba angustiosamente.

Johnny lo sujetó por las solapas del *smoking* rojo mientras murmuraba:

—Ahora vamos a hablar tú y yo, amigo.

—No tenemos... que hablar de nada.

—Al contrario, nos divertiremos muchísimo. Y te voy a convencer, créeme. Tengo argumentos estupendos para convencerte.

Miró hacia una de las paredes, donde había una puertecilla que sin duda daba al montacargas interior.

Dio un par de puñetazos a Coney, para dejarlo sin sentido de momento, y abrió aquella puertecilla. El montacargas permitía el acceso a dos personas bastante apretadas. Sin duda llevaba a los sótanos, pero también al tejado. Debía ser una buena vía de escape

para caso de emergencia —aunque ésta no era fácil— con la policía.

Johnny introdujo allí a Coney y luego se metió él. El dueño de Las Sílfides seguía sin sentido. Pulsó el timbre superior y se encontró momentos después en el tejado.

El edificio no era muy alto.

Tenía siete pisos.

Pero resultaba más que suficiente para lo que pensaba hacer Johnny si las cosas se ponían como él no deseaba.

Esperó a que su víctima recobrara el sentido. Lo puso en el borde del tejado, de forma que solo hiciera falta empujarlo un poco para lanzarlo al vacío.

Coney Fords vio eso: el vacío bajo él. Y lanzó un gemido ronco mientras sus ojos se desencajaban.

—¿Qué... tratas de hacer?

—Vamos a tener fiesta gorda, Coney Fords. Y para que resulte distinguida, la empezaremos con una sesión de ópera.

—¿Una... sesión de ópera?

—Eso es. Y tú eres la gran figura. Hala, muchacho, ánimo. Y canta.

—¿Qué... he de cantar?

—Por ejemplo, lo que hicisteis anoche con una muchacha paralítica que vivía en el West Side. Y lo mucho que os preocupasteis de la limpieza de la niña que vivía con ella.

Coney le miraba con unos ojos enormes.

Pero no se sabía si era de incredulidad o era sencillamente porque estaba aterrado.

—No sé de qué... me hablas.

—Ya es tarde para disimular, Coney. Ya es tarde incluso para salvar la vida. Sólo tienes un procedimiento para conservar más o menos entera tu cochina piel.

—¿Qué... procedimiento?

—Dime quiénes fuisteis.

—¿En qué? No te entiendo...

Johnny le empujó un poco más hacia el borde.

Sólo faltaba moverlo un poco para que el otro se estrellara contra la calle hormigueante que había siete pisos más abajo.

—Habla, Coney.

—Te juro que...

—De tus juramentos solo creeré los que me interesan, Coney. Lo demás te lo puedes ahorrar.

—No sé a qué te refieres...

—Tú estuviste en el West Side anoche. Tú y al menos tres hombres más. Métete esta dirección en la cabeza: número 812 de la calle Cincuenta y cuatro, entre la Ocho y la Nueve. ¿Te la has metido bien en la cabeza? Pues ahora habla. Dime los nombrecitos de los otros.

Por el relampagueo de los ojos de Coney, Johnny se dio cuenta de que había acertado.

Su enemigo conocía aquella dirección.

Balbució:

—De modo que era por eso...

—¿Te extraña? A ti quizá te parezca que el asunto no tenía importancia, ¿verdad?

—La oferta... no nos interesó.

—¿Qué oferta?

—Era ridícula...

Johnny tragó saliva, mientras zarandeaba brutalmente a Coney.

—¡Maldito seas! ¡Dime de una vez qué oferta!

—A unos hombres como nosotros... no había que molestarnos para una cosa así. Ni a Portland ni a mí. Ni a los otros... Tú deberías hacerte cargo. Era ridículo...

Johnny no se hacía cargo de nada porque no lo entendía. Pero un pensamiento se fue afincando cada vez con más intensidad en su cerebro. Ese pensamiento le dijo que su enemigo trataba de ganar tiempo desesperadamente.

Le decía cosas sin sentido.

Trataba de provocar sus preguntas y alargar la situación para ganar unos minutos hasta que viniera más gente. A pesar de su crítica situación, Coney aún estaba en su terreno.

Johnny masculló:

—Vas a tener una última oportunidad y te juro que ya no tendrás otra. ¡Habla, perro!...

Coney balbució, insistiendo sobre lo mismo:

—La oferta no nos interesó. Era... era ridícula...

Y aquel modo de presentarlas... Aquel modo de enfocarnos la luz encima de los ojos, para que no pudiéramos ver...

Johnny apretó los labios salvajemente.

Se daba cuenta de que el otro trataba de confundirle. Había ganado ya unos minutos y ganaría todos los que quisiera si él no tomaba pronto una decisión.

Barbotó:

—¿Tú fuiste uno de los que estuviste allí?

—Sí... No niego que yo los dirigía...

Johnny no necesitaba más.

Sintió de pronto un asco invencible, un brusco ataque de rabia.

Empujó a Coney Fords.

Este dio una última y trágica pirueta en el aire, mientras lanzaba un aullido que hizo estremecer toda aquella parte del Village. Unos segundos después se había estrellado siete pisos más abajo. Muchos de los que deambulaban a aquella hora por la calle quedaron bruscamente salpicados de sangre.

Johnny no miró hacia abajo.

Comprendió que su situación se había hecho insostenible. Iba a tener que largarse.

Buscó una escapatoria por la parte trasera del edificio y la encontró. Por allí se deslizaban una serie de tubos de desagüe que daban al patio interior. No resultó difícil para un hombre entrenado como él dejarse resbalar hasta abajo. Luego saltó una pared y se encontró en un campo infantil de béisbol. La alta verja en la calle solitaria tampoco significó un obstáculo serio para un hombre como él, preparado para cosas mucho más difíciles.

Se quitó la americana, que tenía abierta de un lado a otro por el navajazo, ya que llevándola puesta hubiera llamado excesivamente la atención. Con ella doblada en el brazo, tomó un taxi y se hizo conducir por el Lincoln Tunnel a Jersey City, donde se hospedó en un hotel modesto en el que se alojaba aquella noche una compañía entera de coristas.

Todos los pasillos, todas las escaleras del hotel estaban llenas de chicas que iban de una habitación a otra, enseñando descuidadamente unos muslos de campeonato.

Pero Johnny no se fijó en eso. Los pensamientos de Johnny no eran esa noche para las mujeres vivas, sino para los hombres muertos.

CAPÍTULO IV

«PERRO RABIOSO» JOHNNY

Oswald le localizó a la mañana siguiente, cuando él no había hecho más que despertar. Maldito buitre aquel Oswald, para el que nada podía permanecer oculto. Cochino perro de presa aquel jefe del Servicio Secreto que se enteraba del paradero de uno aunque uno se metiese bajo tierra.

Oswald le zarandeó.

—Despierta, Johnny, maldito hijo de hiena.

Johnny abrió solamente un ojo.

—Ya lo sé —masculló—. Te lo prometí. Cuando me diste aquella información, te aseguré que no empezaría a picotazos como un buitre. Y he matado a varios hombres. ¿A tres? ¿A cuatro? ¿A cuántos en una noche?

Oswald le soltó para no abofetearlo, pero los dedos se le retorcían de rabia.

—Vístete —dijo.

—¿Adónde quieres llevarme?

—Al depósito de cadáveres.

—¿Para qué?

—Quiero que veas lo que has hecho. Quiero que veas tu «trabajo» de anoche. Y una vez te hayas empapurrado, haré que te expulsen del Servicio Secreto y te echaré del país. Tengo medios para enviarte a las Guayanas a pescar mariscos hasta que te pudras. Tú sabes que los tengo.

Johnny murmuró:

—Aún no, Oswald.

—¿Por qué no?

—He de matar a otros hombres.

Oswald retrocedió y se apoyó en la pared mientras clavaba en él

una mirada cargada de hielo.

—Vístete, cochino. Y vamos al depósito de cadáveres antes de que te haga echar del país. Por desgracia, te necesito aún para que identifiques a los hombres a los que tú mataste.

Johnny se metió en la ducha y luego se vistió.

Aún tenía que llevar la americana doblada en el brazo.

—Como ves, los otros también gastaban caricias —dijo.

—Te comprarás otra en cualquier sastrería de ropas hechas que encontremos al otro lado del río. El Gobierno te la pagará con mucho gusto. Y también te pagará un billete hasta Panamaribo o hasta Cayena, a ver si acabas en los colmillos de un caimán.

Johnny escupió a través de la ventana y salió con él.

Las chicas aún tenían las puertas abiertas. Y aún seguían enseñando los muslos allí donde alguien los quisiera ver. Pero ni Johnny ni Oswald se fijaron en ellas.

Un coche color negro, de los que no llaman la atención en ninguna parte, les esperaba abajo. Con él llegaron a la Morgue de Nueva York. Oswald le hizo entrar en una sala especial donde tenían lugar las identificaciones reservadas.

El cadáver de Coney Fords yacía allí. Estaba hecho una coca. Y también yacían allí otros dos cuerpos con la cabeza rota.

Johnny musitó:

—Creí que había matado a alguien más.

—Los otros se salvaron por narices. Pero uno de ellos está estirando la pata.

—Buen provecho.

—Eres una bestia, Johnny.

—Supongo que, además de estirar la pata, habrá estirado las manos, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Que le habrá faltado tiempo para firmar una denuncia contra mí.

—Justo. Tienes dos denuncias por homicidio. Aunque no han dado tu nombre, te describen con tal exactitud que solo te falta aparecer en un anuncio en el *New York Herald*. Media brigada de homicidios te busca, pero, claro, no imagina que estás aquí. Encima, han hecho un retrato robot de tu cara de perro. Te lo aseguro: si te envío a la Guayana es para que no te maten.

Johnny se pasó una mano por la boca.

—Se agradece el interés, maestro.

—¡Vete al infierno!

Johnny se aproximó al cadáver de Coney Fords.

—¿Qué le pasa a ése?

—¿Pasarle? ¿Qué?

—Mira su espalda.

Oswald miró.

Al muerto le faltaba, en el omóplato izquierdo, casi junto al hombro, un pedazo de piel.

La habían cortado limpiamente con un bisturí. Y lo había hecho una persona que conocía el oficio.

Oswald se encogió de hombros.

—Algún análisis —dijo—. A muchos cadáveres se les analiza la piel. Como no saben quién ha sido el sucio asesino que ha hecho esto, la policía realiza todas las pruebas imaginables.

Johnny apretó los labios.

—Bueno, ya lo tienes identificado —dijo.

—¿Es Coney Fords, al que tú mataste?

—Sí.

—¿Y esos otros?

—No los conozco. Anoche fue la primera vez que los vi. Supongo que eran guardaespaldas de Coney. Debían ser matones de esa especie de mujerzuela.

—Justo. Y estaban fichados por la policía. Drogas, corrupción de menores y toda la porquería hedionda que tú quieras añadir. Pero tenían derecho a la vida, como cualquier ciudadano. Y tú los has aplastado igual que a sabandijas.

Johnny dijo hipócritamente:

—Descansen en paz.

—No te pego una patada allí mismo donde tú sabes porque te dejaría seco en el depósito, Johnny. Porque dentro de unas horas serías un cadáver que olería mal como esos otros.

—Déjame en paz a mí también.

—Claro que voy a dejarte en paz... Yo intentaré tapar este sucio asunto, pero tú saldrás del país. Dos hombres te acompañarán al aeropuerto de Laguardia.

Allí hay una pista privada para avionetas. Te conducirán y te

mimarán como madrecitas buenas. Un trasto de dos motores te conducirá a Centroamérica, tras hacer una serie de escalas que tendremos controladas rigurosamente.

—Uno se emociona cuando nota que tienen tanto interés por él, maestro.

—Sal de aquí antes de que vomite.

Johnny salió.

En la puerta estaban los dos gorilas. Los conocía bien porque en cierta ocasión trabajaron juntos. Eran hombres de poca inteligencia, pero de puños de hierro. Antes de ingresar en el Servicio Secreto habían «trabajado» entre los *dockers* de Nueva York, cuando había conflictos sindicales, imponiendo la ley a puñetazos. Y el tío que domina a sopapos a los cargadores de los muelles de Manhattan domina cualquier cosa, empezando por su suegra y terminando por un elefante.

Le trataron, en efecto, como dos madrecitas buenas.

Uno de ellos masculló:

—Tú, no te acerques tanto que apestas.

Y el otro:

—Mientras conduzco, tendré que taparme las narices.

Le condujeron al aeropuerto de Laguardia, que ya no es el principal de Nueva York como lo fue en otro tiempo. Ahora ha dejado su puesto al Kennedy. Algunas de las pistas que antaño sirvieron para los trimotores y que ahora ya han quedado cortas, son empleadas para avionetas y para servicios privados. Johnny vio desde el automóvil un avión de dos motores que podría llevarle en vuelo directo a Miami y desde allí a cualquier sitio de Centroamérica o del Caribe. Y en Centroamérica y el Caribe hay, desde luego, buenos sitios para enterrarlo a uno.

Abrieron la portezuela.

—Baja.

Johnny bajó.

Y en cambio el otro subió.

Subió cuando el gancho atroz, propinado con la fuerza de un cañonazo, le despegó los pies del suelo, le hizo dar una voltereta y lo envió a abollar la chapa de otro automóvil que estaba aparcado en las cercanías.

Cazado en frío y de aquella manera, el gorila ya no se movió

más. Pero quedaba el otro.

Y el otro había llevado ya la derecha a la funda sobaquera.

Johnny sabía que no iba a sacar la pistola, porque Oswald habría dado orden de no matarlo. Pero, en cambio, Oswald habría dado también la orden de romperle la crisma si era necesario. En efecto, el gorila sacó una cachiporra de acero rodeada de goma, un solo golpe de la cual podía hundir la base del cráneo a la estatua de Abraham Lincoln.

Y el tipo la usó bien.

¡Vaya si lo hizo!

A Johnny no le alcanzaron en la caja craneana por milagro, pero en cambio le alcanzaron en el rostro. Le pareció que su pómulo derecho se hacía materialmente harina. Sus rodillas se doblaron, porque todo su cerebro había sido sacudido, y sintió hasta el fondo de los nervios la inminencia del K.O.

Pero no era la primera vez que le pasaba aquello. Era como uno de esos boxeadores experimentados que saben reaccionar aunque les estén haciendo papilla entre las cuerdas. Antes de que el gorila lanzara un nuevo golpe, susurró:

—Lo siento, compañero.

Y movió los dos puños.

—Hoy por ti, mañana por mí —añadió.

Los dos golpes alcanzaron la mandíbula del agente secreto, cuya cabeza tembló como si la hubiese sacudido un terremoto. Pero este fulano no cayó a tierra. Por el contrario, emitió una especie de carcajada gutural, una verdadera carcajada de cocodrilo, mientras se lanzaba de nuevo al ataque.

Ahora Johnny pudo ladearse.

La porra se hundió en el automóvil.

¡Pobre carrocería!

Por poco la parte por la mitad. Johnny comprendió que si el porrazo le llega a alcanzar en la cabeza, los huesos del cráneo le hubieran bajado hasta el hígado.

Aprovechó el momento de desorientación del otro para atacar de nuevo. Ahora le castigó los flancos con las dos manos abiertas. El gorila se encogió. Un rodillazo al vientre le hizo bailar como si tuviera un ataque de apendicitis.

Johnny también aprovechó aquellos segundos.

Tenía que moverse a toda prisa, porque ya estaba reaccionando el otro.

Un izquierdazo al hígado hizo tambalearse a su contrario. Inmediatamente le propinó un golpe tras las rodillas. Cuando el gorila se tambaleaba hacia adelante y estaba más o menos como la torre de Pisa, le propinó con todas sus fuerzas un golpe en la nuca, con las dos manos unidas.

A otro tipo aquello le hubiera matado.

Pero a un *catcher* que había luchado en los muelles, no le mató. De todos modos le convirtió en cliente del seguro de enfermedad al menos por doce días.

Johnny subió al coche y lo puso en marcha.

El otro gorila se reanimaba. Y el tío parecía entusiasmado con lo de continuar la pelea.

Embistió.

Johnny también embistió.

Pero lo que ocurría era que Johnny iba dentro del coche.

El gorila quedó tendido con varios huesos rotos, pero el radiador del automóvil por poco se sale por las luces de *stop* traseras. De todos modos, el vehículo pudo maniobrar y alejarse de allí. Unos momentos después, Johnny se había perdido de vista.

Había hecho algo difícil, que era librarse de los dos gorilas. Pero eso no era nada al lado de lo que iba a tener que hacer.

Porque ahora necesitaba ni más ni menos que librarse de las investigaciones de Oswald. Hacer que éste no le encontrara en ninguno de los agujeros de la gran ciudad, a la que cribaría de lado a lado. Con tantos confidentes y escuchas como tenía, iba a ser casi imposible desorientarle.

Pero Johnny tenía que conseguirlo.

Como fuera.

Necesitaba al menos un par de días para culminar su venganza. Dos días que iban a ser los más intensos de su aperrada vida.

Mientras abandonaba la autopista para rodar por calles laterales, donde iba a ser más difícil perseguirle, pensaba en la única pista que por el momento tenía.

El nombre que había pronunciado Coney Fords antes de morir.

Coney Fords había dicho más o menos que la oferta no les interesó. Ni a Portland, ni a él, ni a los otros. Por lo tanto había un

individuo que se llamaba Portland. Lo de la misteriosa oferta de que también le había hablado ya no le importaba tanto a Johnny. Era un asunto marginal. Allá Coney Fords con sus negocios, si es que los tenía.

Portland... ¿Dónde encontrar a un tipo llamado así?

Quizá no fuera tan difícil, después de todo. Se movería en los ambientes en que se movía Coney Fords. Incluso era posible que le buscara para vengar a éste.

Johnny vio luz roja en la calle solitaria.

Detuvo el automóvil. No quería exponerse a una detención por un asunto de tráfico. Miró distraídamente el solar que tenía a su derecha, y al otro lado del cuál corría una calle paralela en la que se había detenido otro automóvil.

Un hombre descendió de él.

Era un tipo impecablemente vestido de gris, y el cual, a aquella distancia, no llamó para nada la atención de Johnny. Le vio poner algo en el suelo, sobre el bordillo. Le vio también sacar algo por la ventanilla del coche.

Normalmente, Johnny no hubiera mirado aquello.

Ahora lo hizo por pura casualidad. Y fue esa casualidad lo que le salvó la vida.

Porque lo que aquel hombre acababa de sacar era... ¡un palo de golf!

¡Y se disponía a ensayar el tiro!

CAPÍTULO V

LA MUERTE COMO REGALO

Aparentemente no había nada tan absurdo como aquello, pues nadie juega al golf en las calles de Nueva York, aunque sean calles suburbanas. Lo que estaba haciendo aquel tipo parecía obra de un loco. Y Johnny hubiera podido creerlo así, y además en circunstancias normales no le hubiera dado la menor importancia.

Pero él había estado en Calcuta.

Había visto morir a Gardov.

Y había visto entrar una pelota como aquella por la ventanilla de un «Jaguar» de plata maciza.

El palo de golf brilló un momento en el aire.

Todo había sucedido tan rápidamente que Johnny apenas pudo verlo. Distinguió confusamente que la pelota volaba.

¡Venía hacia él!

¡Tenía apenas tres o cuatro segundos para salir disparado de allí!

Sus músculos sufrieron una brutal crispación. Abrió la portezuela. Voló como una flecha hacia el otro lado de la calle.

En ese momento la pelota entraba por la ventanilla del lado opuesto, que él llevaba abierta.

La detonación hizo añicos el automóvil, que saltó partido en pedazos. La potente carga contenida en la bola no hizo todo el trabajo, sino que el depósito de gasolina estalló también. Todo el coche se convirtió en una inmensa esfera de fuego.

Johnny rodó por tierra para alejarse de allí.

No tenía armas.

Y si los otros lo sabían, atravesarían el solar para cazarle a tiro limpio. La distancia no era demasiado grande. Necesitaba evaporarse de allí antes de que los rusos se dieran cuenta de que no le habían matado.

La bola de fuego le protegía.

Antes de que se disipara y los otros le viesen, necesitaba estar bien lejos.

Corrió agazapándose entre dos casas. Por las ventanas habían aparecido algunos rostros curiosos. Un par de automóviles se habían detenido también y con sus extintores trataban inútilmente de apagar el fuego.

Cuando estaba a unas quinientas yardas de distancia, Johnny se detuvo y respiró hondamente.

Había salido ileso, pero no pensaba en ello. Pensaba por el contrario, en una cosa que le hacía sentir vértigo.

¿Por qué el mismo hombre que mató a Gardov había tratado de matarle a él?

¿Por qué había tratado de liquidarle el mismísimo coronel Kilbert, uno de los mejores «agentes ejecutivos» que los rusos tenían?

Miró hacia atrás.

Aún se divisaba confusamente, entre el maremágnum de coches que se habían detenido, el brillo de las llamas.

Él tenía que haber estado allí. Su cuerpo estaría ahora reducido a pavesas si no se hubiera movido con tanta rapidez.

Vio también, desde la esquina, que el coche de los rusos, un radiante «Lincoln», se detenía silenciosamente al lado del fuego.

Dos hombres descendieron de él. Uno era el coronel Kilbert que, como siempre, vestía igual que un *gentleman*. Daba la sensación de ser, pese a su juventud, uno de los hombres de negocios más importantes de Wall Street.

Kilbert, en efecto, se aproximó al vehículo incendiado.

Dos policías habían detenido ya sus motos junto a él. Las llamas estaban medio vencidas bajo una verdadera montaña de espuma carbónica lanzada por los extintores. El automóvil había quedado reducido a una infecta chatarra.

Kilbert, en perfecto inglés, murmuró:

—Pobre hombre...

Uno de los policías alzó la cabeza para mirarle con curiosidad.

—¿Pobre hombre? ¿Quién?

—El que estaba dentro.

—No había nadie. Eso es lo más raro. El automóvil ha estallado

sin que hubiera nada en su interior.

Kilbert sonrió ampliamente.

Cualquiera hubiera dicho que era el hombre más satisfecho del mundo.

—Vaya... —murmuró—. Menos mal. No sabe usted lo que me impresionan estas cosas.

Y se alejó.

Al entrar en el coche, conducido por un tipo que parecía haber sido campeón mundial de todos los pesos, encendió calmamente un cigarrillo. Sus manos no temblaban.

Pero ya no tenía en los labios aquella sonrisa satisfecha, y en sus ojos brillaba en cambio una mirada de hielo.

El chófer murmuró:

—¿Qué hay, *tovarich*? (^{3}).

Los ojos de Kilbert relampaguearon.

—Te he dicho que no me llames nunca así, Boris, cuando estemos fuera de nuestro país.

—Perdone, coronel.

—Y coronel mucho menos. A ver si te enteras de que en los Estados Unidos tenemos pasaportes turcos y somos unos simples vendedores de pieles.

—No volverá a ocurrir. Le prometo que no volverá a ocurrir, señor. Pero me gustaría saber si todo ha ido bien.

—Ha ido mal.

—¿El cadáver no estaba dentro?

—No. Ha conseguido huir. No entiendo cómo, porque no he fallado el tiro y además materialmente no le he dado tiempo. Eso indica que nos enfrentamos a un hombre que vale mucho, un individuo que está a la altura de nuestros mejores agentes. Digo mal. A la altura de los agentes de la Unión Soviética no hay nadie. Pero ese hombre se aproxima bastante. Hum... Me hubiera gustado tenerlo a mis órdenes, te lo aseguro. Hubiese hecho de él un verdadero fenómeno. Pero tendremos que movernos mucho para matarlo, ¿comprendes, Boris? Cuando ha salido huyendo del aeropuerto, hasta donde le habíamos seguido, me ha parecido presa fácil. Y sin embargo... En fin, arranca. No conviene que nos entretengamos demasiado tiempo aquí ¿Cuántas «píldoras» nos quedan aún?

—Cuatro, señor.

—Le haré tragarse una...

* * *

Johnny llevaba huyendo dos horas. No parecía que huyese, porque caminaba tranquilamente por las calles de Nueva York y de vez en cuando entraba en los bares que tenían dos puertas o en los grandes almacenes que tenían diez o doce. Pero él sabía que aquello era una fuga, quizá una fuga desesperada. Los hombres de Oswald le estarían persiguiendo por toda la ciudad, y eran lo bastante listos como para alcanzarle en unas horas. No solamente tenía que esquivarlos, sino que también tenía que encontrar a un hombre llamado Portland. Encontrarlo y matarlo...

Estaba anocheciendo ya cuando se encontró al otro lado del puente de Brooklyn, en un inmenso parking que se iba quedando vacío. Los oficinistas que habían terminado el trabajo se llevaban sus coches y sus ilusiones del día. Un vendedor de perros calientes desmontaba su tenderete. Un par de muchachas negras empezaban a pasear la acera a ver si había suerte. Comenzaba la noche tensa, la noche inquieta y misteriosa de Nueva York, llena de contrastes.

Por el río subía nada menos que el *Giulio Cesare*.

Docenas de millonarios se acodaban en la borda mirando boquiabiertos los rascacielos. El inmenso trasatlántico, con todas sus luces encendidas, parecía una luciérnaga maravillosa. Johnny lamentó que el ciego que ahora venía hacia él, después de desmontar también su tenderete de venta de lotería, no pudiera verlo.

—Hola, Key.

El ciego se detuvo.

—¡Johnny!

—Has conocido mi voz, ¿eh?

—Hacía meses que no pasabas por aquí, Johnny. ¿Dónde estabas?

—Viajando. Ya sabes. La vida...

—Johnny, me he enterado de...

El joven le dio una suave palmada en la espalda, mientras le acompañaba a la salida del aparcamiento.

—Sí, Key, ahora ya toda la ciudad lo sabe. Silvia y Anita... Cada vez que pronuncio sus nombres me parece como si algo me abrasara las entrañas.

—Lo comprendo, muchacho; no hablemos de eso si no quieres.

—He venido a hablar de eso, Key.

—¿Conmigo?

Se sentaron en un desvencijado banco, junto a la valla metálica que separaba el *parking* del Hudson. Las sirenas hacían estremecer el aire abajo, al sur de Manhattan. Todas las luces del Empire State parecían haberse encendido de golpe, produciendo como un impacto, como un brutal disparo de luz.

Johnny puso al ciego un cigarrillo en los labios y se lo encendió. Era un cigarrillo largo, con filtro.

—Key, tú recorres todo Nueva York. Pasas muchas horas aquí, pero también las pasas en otras partes. Tú conoces a todo el mundo.

—Bueno... A bastante gente.

—Yo he matado a varios hombres en un sitio llamado Las Sílfiles. Al menos, uno de ellos era culpable de lo que les ocurrió a las chicas. Sí, al menos uno de ellos lo era. Pero quedan otros...

—Conozco Las Sílfiles. Mala gente la de allí. La tildala vez que entró un hombre de verdad en el local debió ser antes de la Gran Guerra.

—Busco a un tipo llamado Portland.

—¿Portland?

—Sí. Haz memoria. Debía ser íntimo del dueño. No se si es un *hippy* o finge serlo para hacer negocio con los que lo son de verdad. Pero me interesa dar con él, Key. Me interesa dar con él como sea.

Key aspiró quietamente el humo, mientras sus ojos en luz parecían mirar al vacío, hacia el otro lado de la ciudad, donde empezaba Brooklyn.

—Portland... —dijo—. Tal vez sí.

—¿Lo recuerdas?

—Tal vez me equivoque.

—Di lo que sea, Key. Hasta lo más absurdo puede servirme de pista.

—Bueno, pues Portland, según creo, era un tipo que iba por Las Sílfiles de vez en cuando. Yo pienso que no iba a divertirse él. Más bien llevaba gente.

—¿Era un «gancho» del local?

—No, no creo que fuera eso. Me da la sensación de que traficaba con drogas, y el local era algo así como el punto donde sus clientes podían encontrarla. Ya sabes lo que ocurre con los ciegos. La gente nos considera como unos objetos y acaba no haciéndonos caso. Por eso pescamos un retazo de conversación aquí y otro allá... Portland se llevaba algunas muchachas y sobre todo algunos muchachos. Hijos de gente bien. Se notaba en las propinas que dejaban caer de vez en cuando.

Johnny asentía lentamente.

Se daba cuenta de que el retrato que le estaban haciendo de Portland podía muy bien acomodarse a la realidad.

—¿Sabes dónde podría encontrarlo? —musitó.

—También le oí hablar de un bar flotante.

—¿Qué...?

—Sí, hombre, una de esas barcas ancladas en el río. La mayor parte de ellas tienen licencia para servir bebidas alcohólicas los sábados por la noche. Se descuelgan por allí bastantes vagabundos y algún millonario que quiere meterse en «ambiente». Él tenía algo así como el permiso número dieciséis. Eso cae por la parte sur de Jersey City.

Johnny musitó:

—Me está entrando una sed enorme, Key.

—¿Vas a ir allí a beber?

—Puede que me ponga de *whisky* hasta el cogote Key. Y puede que a Portland le salga la sangre hasta por las puntas de los pies. Me has hecho un gran favor amigo; te lo sabré agradecer de alguna manera.

Y le puso un billete de cincuenta dólares en las manos antes de alejarse. Pero Key le llamó, con los ojos siempre perdidos en el vacío:

—Johnny...

—¿Qué pasa, Key?

—Yo estuve anoche en el barrio, cuando mataron a tu hermana y a tu prima. Sabes que de vez en cuando aún voy a dormir allí.

Los dedos de Johnny temblaron.

—¿Y qué...? —balbució.

—No pude ver nada, desgraciadamente. Pero hacia a

medianoche hubo música, ¿sabes? Un poco de música.

—No te entiendo.

—En tu casa hay un piano... Bueno, pues alguien tocó en él. Fue una cosa muy breve. Algo así como: *Do-si-sol-la...* *Do-si-sol-la* otra vez... Yo diría que improvisaba... Luego se hizo el silencio.

—¿No notaste nada más?

—Nada.

—Quizá Silvia lo tocó —musitó Johnny—. Ella a veces improvisaba en el piano.

—Tal vez. Y además no debe tener importancia. Oye, Johnny, dame otro cigarrillo de éstos. Me gustan.

Johnny le entregó el paquete.

—Ahora los fumo con filtro —dijo—. Antes no me gustaban, pero me he acostumbrado ya.

Y se alejó.

* * *

Un taxi lo dejó en la parte sur de Jersey City, donde comenzaba una de las partes más sórdidas del río, entre fábricas, barracones provisionales y tapias en las que había escritas toda clase de alusiones obscenas. También había unas cuantas barcas ancladas, barcas donde en otro tiempo vivieron los emigrantes más pobres. En la actualidad algunas de esas barcas eran bares donde se podía encontrar un *whisky* infernal, una pareja complaciente o un poco de droga.

Los ojos de Johnny escudaron la niebla, calibrando el panorama. Había visto ya la barca que le interesaba. Todas sus ventanas estaban cerradas y por sus rendijas se filtraba un poco de luz.

El joven recorrió la pasarela sin hacer demasiado ruido.

Empujó la puerta.

Dentro se veía una barra, un anaquel con botellas unas cuantas mesas y un hombre.

El hombre estaba de pie y tenía las manos en los bolsillos de una chaqueta demasiado entallada.

Johnny musitó:

—Quiero ver a Portland.

—No está. Se largó fuera del país.

—¿Cuándo?

—Hum... Hace más de una semana.

—¡Qué extraño! Yo oí decir que anoche estaba en Nueva York.

—Habladurías. La gente no sabe lo que se dice.

—Ni lo que recibe, muchacho, ni lo que recibe...

Johnny se movió en el momento en que el otro sacaba la mano derecha armada con la pistola. Su pierna derecha salió disparada. El otro recibió el punterazo en los dedos y la pistola pareció clavarse en ellos. Durante unos segundos quedó inmóvil, sintiendo un calambre en todo el brazo.

Los dos ganchos que recibió a continuación lo enviaron al otro lado de la barra. Chocó con el anaquel de las botellas y soltó la pistola. Hubo un tremendo estropicio y por el suelo corrió un río de licor que más bien parecía líquido matarratas. En aquel momento la pasarela, a espaldas de Johnny, vibró.

Johnny se volvió inmediatamente.

Los dos individuos que entraron en la barcaza llevaban silenciosas pistolas de las que disparan balas de gas venenoso. Una sola rozadura que provocaran en la piel de su enemigo bastaría para enviarle al diablo. Por lo visto ya estaban escarmentados después de lo ocurrido en Las Sílides y querían asegurarse bien.

El joven no se estuvo quieto ni una fracción de segundo.

Se lanzó de costado contra una de las paredes, mientras sonaban dos taponazos. Las balas de gas se empotraron donde antes había estado el anaquel de bebidas. Dos nubecillas de vapor blanquinoso se extendieron por el recinto.

Johnny se protegió tras el anaquel, acabando de volcarlo.

Mientras su primer enemigo gateaba, él se apoderó de la pistola. Dos balas más se estrellaron en la madera.

Las armas de sus enemigos no eran demasiado precisas, al disparar aquellos proyectiles de gran tamaño, repletos de gas. En cambio Johnny tenía ahora un arma con silenciador de primera clase. Disparó desde el suelo y alcanzó en la mandíbula a uno de sus enemigos.

Aquella mandíbula saltó.

El hombre fue hacia atrás, con los ojos desencajados por el asombro, sin entender aun lo que había ocurrido. Pero en realidad

tenía ya solo media cara sobre los hombros. Cuando se derrumbó cerca de la pasarela, su compañero lanzó un grito de odio.

Johnny no le dejó respirar. Necesitaba cazarlo vivo. Saltó sobre sus rodillas en el momento en que el otro disparaba. La tercera bala de gas se deshizo en el techo.

Los dos rodaron por el suelo de tablas, mientras el primer enemigo de Johnny empezaba a recuperarse.

Descolgó de la pared algo que podía decidir el combate.

Un hacha.

Estaba allí para prestar ambiente, pero tenía un filo tan mortífero como si hubiera sido preparado por un verdugo de la Edad Media. El esbirro la alzó con toda sus fuerzas. Y se oyó un terrible chasquido cuando el acero se hundió hasta la mitad en las tablas del suelo.

Johnny y su enemigo, abrazados, se habían girado en el último segundo.

El filo del hacha los hubiera matado a los dos.

Se oyó un doble grito de rabia mientras se separaban de repente y saltaban en distintas direcciones. Los dos chocaron contra las paredes, mientras el primero trataba de desclavar el hacha.

Johnny estaba peleando como un loco y lo sabía. La única ventaja que tenía sobre sus enemigos era que a él no le importaba morir. Se lanzó con los pies por delante contra el del hacha, mientras éste lograba desclavarla.

El doble puntapié le hundió el esternón. Su enemigo lanzó un breve gruñido y cayó exánime. El otro había logrado hacerse con la pistola.

Intentó alzarla.

No llegó a apretar el gatillo.

El hachazo se hundió en su columna vertebral, partiéndosela completamente. La muerte fue instantánea. El joven vio que su enemigo sufría una espantosa crispación antes de quedar inmóvil para siempre.

Johnny necesitó apoyarse en la barra.

Respiraba angustiosamente.

No se había dado cuenta de lo violenta y fatigosa que había sido aquella pelea hasta ahora, cuando todo acababa de terminar.

¿Terminar?

Johnny miró a los caídos.

Ninguno de ellos debía ser aquel maldito Portland.

Cerró la puerta que daba a la pasarela sobre el río, para que nadie le interrumpiese, y avanzó poco a poco hacia la trampilla que llevaba al fondo de la nave. Allí tenía que existir una bodega que seguramente estaba transformada en vivienda. Pero el joven no alzó la trampilla, sino que aguardó.

Quizá había alguien abajo.

El silencio le rodeaba. Johnny sentía que sus nervios vibraban, pero se mantuvo quieto.

Cinco minutos... Seis...

La trampilla empezó a alzarse.

El que estaba abajo, impaciente, quería saber por fin qué diablos había ocurrido.

Johnny esperó detrás de la trampilla.

Y cuando el otro hubo sacado la cabeza, le sujetó salvajemente por la nuca y lo hizo salir de un tirón como si no pesara nada, a pesar de que era un hombre hecho y derecho.

Mientras tiraba de él, le retorció el cuello.

El otro no se atrevió a moverse. Sólo sus manos arañaron inútilmente el aire. Estaba atrapado y se daba cuenta de que podían romperle las vértebras cervicales con solo una leve presión lateral.

Johnny lo apoyó contra la barra.

Siempre manteniéndole el cuello sujeto para rompérselo en cualquier momento, susurró:

—Tú eres Portland...

—Lo... lo soy.

—Yo maté a tu amigo anoche. Y voy a matarte también a ti sí no me dices exactamente lo que ocurrió con aquellas dos muchachas.

—No sé... no sé a qué te refieres...

Johnny apretó un poco más las vértebras del otro.

—Os gustaban jovencitas, ¿no, perro? Y pensasteis haber hecho una buena cacería...

—Te lo juro... No sé de qué me hablas...

—Te daré la dirección. ¿Quieres que te la recuerde? ¿No se te quedó bien grabada en la memoria, maldito?

—Sí, ya sé. Era en el West Side... Pero... pero no hicimos nada de lo que tú supones... Vimos a las chicas, claro... Se nos hizo una

ridícula oferta...

—¿Visteis a las chicas?

—Sí, a ellas sí... Pero aquella oscuridad... ¡Y aquella maldita luz que nos daba en los ojos! ¡En el centro de los ojos!

Johnny se estremeció.

El otro le había dicho algo parecido.

La oscuridad. Y la luz que se les proyectaba en los ojos...

—¿De qué oferta me hablas? —susurró con voz helada.

—Era ridícula... Pero no debemos morir por no haberla aceptado. No es justo. ¡No es justo!

—¿Qué os ofrecieron? ¿Y quién?

—Doce mil dólares. ¡Una cosa estúpida! ¡No valía la pena ni mencionar esa cifra! ¡Por algo tan valioso se paga mucho más!

Johnny no entendía nada. Empezaba por no entender qué era aquello tan valioso. Pero intentó ordenar el caos horrible de sus pensamientos preguntando:

—¿Quién os hizo la oferta?

—¡No lo sé! ¡Te juro que no lo sé! ¡Estaba detrás de la luz, y la luz nos daba en los ojos!

Johnny le zarandeó.

—¡Estás intentando distraerme, maldito! ¡Estás empleando la misma táctica de tu amigo, pero a él no le sirvió de nada! ¡Y a ti tampoco te servirá, perro! ¡A ti tampoco...!

Portland se estremeció. El dolor que sentía en el cuello le sacudía en oleadas rítmicas todo su cuerpo.

Pero sus manos ya no estaban quietas. Sus manos habían ido hurgando la parte posterior de la barra, contra la que le tenía apretado su enemigo.

El estilete brilló en sus dedos. Intentó dar una salvaje cuchillada hacia atrás.

Johnny no la vio venir hasta el último momento.

Hasta que estuvo a punto de ser demasiado tarde.

Su gesto frío y mecánico consistió en hacer girar un poco más el cuello de Portland. Este pareció deshacerse entre sus dedos hercúleos. Se oyó un chasquido seco, cortante, como el de una caña que se rompe.

Portland resbaló hasta el suelo.

Johnny alzó las manos poco a poco, como si la maldijera. A

veces las odiaba porque habían sido entrenadas para matar. A veces pensaba que no eran suyas sino de una máquina asesina.

Sus ojos pasearon por el recinto, donde solo había un hombre con vida. Pero ese hombre tenía el esternón hundido y solo Dios sabía cuándo recobraría el conocimiento. Además, no iba a poder hablar hasta que lo operasen. Resultaba inútil intentar sacar algo por aquel lado.

Entonces Johnny hizo girar el cuerpo de Portland que iba vestido como un maniquí. Registró sus ropas impecables, que daban la sensación de haber sido estrenadas aquel mismo día. No encontró más que un buen fajo de billetes, una tarjeta de identidad, el permiso de conducir y un abono para un *parking* situado muy cerca del aeropuerto de Newark.

Ni una lista de direcciones. Ni una agenda. Ni una sola tarjeta de visita entre sus ropas.

Johnny lanzó una maldición, mientras dejaba caer el cadáver.

Registró también toda la barcaza, pero sin encontrar nada importante, o al menos que lo fuese para él. La bonita cantidad de droga que había debajo de las tablas, y que descubrió poco después, valía una fortuna. Pero él no había venido a buscar drogas. El hallazgo solo le confirmaba lo que le había dicho Key: aquel maldito de Portland se dedicaba a corromper jóvenes por medio de cantidades industriales de mandanga.

Johnny consultó su reloj.

A aquella hora, Oswald y sus perros de presa le estarían buscando por toda la ciudad. Pero era posible que no le buscasen allí, en aquella zona donde solo se movían los maleantes.

De modo que atrancó la puerta y bajó a la bodega, donde había una habitación perfectamente instalada. Buscó una cuerda, la encontró, subió de nuevo y ató al herido, que se quejaba pausadamente. Luego lo amordazó. Hecho esto volvió a bajar y se tendió en la cama, esperando tener suerte. La suerte consistiría en que alguien llegara a la barcaza a visitar a Portland, en cuyo caso Johnny le recibiría cariñosamente y le haría cantar hasta el primer salmo que le enseñaron en el colegio.

Pero nadie vino. Nadie turbó su reposo.

La fatiga hizo que Johnny se olvidara de los muertos. Y de los vivos también. La fatiga hizo que los párpados se le fueran cerrando

muy poco a poco.

CAPÍTULO VI

UN PEDACITO DE PIEL

Apenas las primeras luces del alba se insinuaron sobre los muelles, Johnny despertó. Todo estaba tranquilo y, por decirlo así, en orden. De modo que se puso en pie, se lavó, se afeitó empleando la maquinilla eléctrica de Portland y subió a la parte superior de la barcaza, ocupada por el bar.

Los muertos ya tenían un aspecto lívido. La boca se les había abierto. El verlos a la luz cruda del amanecer causaba una impresión penosa que no se había producido la noche anterior.

En cuanto al herido, estaba bastante mal. Debía haber recobrado el conocimiento varias veces y debía haberlo vuelto a perder. Ahora respiraba entrecortadamente. Johnny se dio cuenta de que no podría hacerle hablar. Y, si se descuidaba, el tío se le iría de entre las manos como un conejo.

De modo que Johnny tomó una decisión. Salió de allí, atravesando la pasarela, y siguió un trecho a lo largo de los muelles. La zona se notaba mucho más solitaria y triste que lo que le había parecido la noche anterior. Al final de unos grandes *docks* encontró un bar abierto y una cabina telefónica.

Algunos borrachos aún dormían en torno a ella. Había una mujer gruesa, enorme, que buscaba a su marido entre los beodos tumbados en tierra. Johnny dedujo que en el mundo habría un cadáver más en cuanto lo encontrase.

Discó el número de la brigada de homicidios.

Una voz somnolienta le contestó:

—Diga...

—He matado a algunos hombres —dijo fríamente Johnny—. Me gustaría que viniera a recogerlos.

—¿Quéeee...?

—Tome nota de la dirección.

—¡Oiga! ¿Está borracho o trata de fingirlo solamente? ¿De qué manicomio se ha fugado? ¿De qué muertos me habla?

—Soy el mismo tipo de Las Sílides —dijo Johnny—. Y no se moleste en localizar la llamada porque le telefoneo desde una cabina. Tome nota del lugar en que encontrará los cadáveres; no pierda tiempo.

Al oír lo de Las Sílides, el policía dejó de tomarse en broma el asunto.

Susurró:

—Diga...

Johnny le dio la dirección. Y le detalló muy bien que era un bar instalado en una barcaza.

—Traigan también una ambulancia —añadió al final—. Hay un herido que está grave.

El policía no pudo contenerse. Debía ser un novato. Cometió la estupidez de decir:

—Pero... ¡el herido le delatará!

—Que me delate —susurró Johnny.

Y colgó.

Lo que le interesaba ahora era largarse de allí.

Sabía que los patrulleros llegarían en unos minutos, y que a aquella hora estarían hambrientos de carne humana. Tomó un autobús de los que se dirigían a Jersey City, en su parte norte, y se apeó al final del trayecto. Desayunó en un bar de mala muerte donde se amontonaban los estibadores, y pasó prácticamente el resto del día tumbado entre unas barcasas de los muelles.

La policía no dio ninguna batida por allí. En cambio toda la zona sur fue registrada.

Debían ser las seis cuando Johnny, que había estado pensando cien veces en el asunto, se decidió. Fue a otra cabina telefónica y disco el número confidencial de Oswald, que solo él y un par de personas más conocían en la capital.

Fue el propio Oswald quien le contestó. Conoció inmediatamente la voz de Johnny.

—Pero... ¿pero sigues en Nueva York, loco?

—Hola, Oswald.

—¡Tú has sido el que ha matado a Portland! ¡Tú has sido el que

ha hecho la carnicería en aquella barcaza!

—Sí.

—¿Y aún te atreves a llamarme, perro?

—Tienes que saber una cosa, Oswald.

—¡Todo lo que tenía que saber ya lo sé! ¡Dos docenas de hombres te están buscando por Nueva York! ¡No escaparás de esta, Johnny!

—No trato de escapar. Cuando todo haya terminado, me entregaré. Pero no antes.

—Cuando todo haya terminado... ¿Qué significa eso?

—He de matar a alguien más, Oswald. No eran dos, sino posiblemente cuatro. He de liquidarlos a todos.

—Tú estás perdidamente loco, Johnny. Deja eso a la ley. Estás arruinando una carrera que pudo haber sido magnífica. Te estás convirtiendo en un sucio guiñapo que acabará tragando lodo en el fondo del río. Además, el hecho de que estás loco lo prueba tu llamada. ¿Por qué te arriesgas a que te localice? ¿Por qué me llamas?

—Lo he pensado mucho antes de hacerlo, Oswald, pero creo que es mi deber.

—¿Qué clase de deber?

—No daré nombres. Pero el tipo que hizo aquel trabajo sensacional en Nueva Delhi está en Nueva York. Y ha tratado de matarme.

—¿El coronel...?

—No hace falta que lo digas, Oswald. Los dos nos entendemos... Ha intentado matarme por medio del procedimiento de la bola de golf. Yo estaba dentro de aquel coche incendiado que apareció cerca del aeropuerto de Laguardia. Me pude salvar por los pelos.

Se notó que Oswald vacilaba unos momentos.

Al fin bisbiseó:

—¿Johnny, tú crees que hay alguna relación entre...?

—No lo sé; no me atrevo a pensar nada.

—Necesitaría verte.

—¿Cuándo?

—Ahora. Lo que sea me lo has de explicar con detalle. No puedo dejarlo todo al albur de una conversación telefónica.

Johnny apretó los labios.

—De acuerdo, jefe, pero quiero tener tu palabra de honor de que no intentarás nada contra mí. De que me dejarás marchar y no me harás seguir por nadie hasta media hora después de mí salida del sitio que tú elijas.

—De acuerdo, tienes mi palabra de honor.

—Di el sitio.

—Hay un lugar donde no llamaremos la atención. El depósito de cadáveres.

—Parece que te gusta...

—En todo caso te gustará a ti. Tienes en él más conocidos que los que tenías en el equipo de fútbol de tu barrio.

—Iré. Dime cuándo.

—Ahora.

Y Oswald colgó.

Johnny hizo lo mismo pensativamente.

Ahora se arrepentía de haber tenido aquel gesto de lealtad. Quizá Oswald querría atraparlo. Claro que le había dado su palabra de honor, pero el honor era una moneda de uso muy poco corriente entre los agentes secretos.

Tomó un taxi y se hizo conducir a la Morgue.

En la puerta estaban algunos viejos conocidos suyos.

Tiburones y guardaespaldas al servicio de Oswald. Gentes que le partirían la cara en pedazos a la menor insinuación que les hiciesen.

Le saludaron con el cariño de siempre.

—Hola, maldito.

—Ya nos hemos enterado de lo que hiciste en el aeropuerto de Laguardia.

—Como nos dejen ponerte la mano encima, vamos a hacer jabón de afeitar con la pasta de tus huesos.

Johnny pasó por su lado, sin oírles.

Fue a la sala especial donde había estado la otra vez. Allí le esperaba Oswald.

Oswald le envió a través del aire una sonrisa helada.

—¿Qué, Johnny? ¿Vuelta al hogar?

—¿Por qué lo dices?

—Aquí tienes a tus amigos de toda la vida...

Y retiró la sábana que cubría el cuerpo de Portland. Johnny le dirigió apenas una mirada de soslayo. A Portland lo habían abierto

en canal y lo habían casi vaciado por dentro. De no ser por sus ojos, todavía aterrorizados y sus dientes prietos, hubiera parecido una res.

Oswald guardó unos instantes de silencio.

Luego preguntó:

—¿Tú...?

—Sí; yo también he matado a ése.

—Por lo menos he de reconocer que no pones dificultades cuando se trata de confesar tus crímenes. Y ahora explícame todo lo que ha pasado con el coronel.

Johnny lo explicó, sin omitir un detalle.

Informó a Oswald de todo lo sucedido desde que se fugó del aeropuerto de Laguardia y detuvo su coche ante una luz roja, viendo el otro automóvil que se detenía más allá del solar, en una calle paralela.

Oswald le escuchó en silencio, sin interrumpirle ni una sola vez.

Al fin murmuró:

—Todo eso es absurdo. No puede haber ninguna relación entre los miembros del contraespionaje ruso y esos cochinos hippies medio drogados que violaron a unas chicas indefensas. Yo más bien pienso que te consideran un enemigo de cuidado y que por eso han tratado de eliminarte.

—No vendrían a los Estados Unidos solo para eso, Oswald. Ni arriesgarían a uno de sus mejores hombres, como es el coronel Kilbert.

—Reconozco que eso no es lógico. A Kilbert lo deberían reservar para misiones más importantes que liquidar a un agente enemigo en el propio terreno de éste. Es un hombre de primerísima clase al que no arriesgarían en un trabajo pequeño.

Johnny asintió.

—De todos modos —dijo—, confieso que no lo entiendo.

En aquel momento llegaba el forense.

Bizqueó levemente al ver a Johnny y a Oswald, que sin duda le molestaban.

—¿Por qué no se van al infierno? —sugirió amablemente—. ¿Por qué no se meten de narices en el primer cubo de basura que encuentren?

Oswald lanzó una maldición en voz baja.

—¿Va a continuar la autopsia? —murmuró luego.

—Para eso me pagan, ¿no? Voy a abrirle la columna vertebral a este tipo. Tú, ayúdame.

Se había dirigido a un auxiliar que renqueaba al andar, y que entendió perfectamente lo que querían de él. Como si volteara una res, colocó al muerto de bruces sobre la mesa.

Y de pronto Johnny parpadeó.

En el primer momento no supo bien por qué. Había sido como una sacudida. Y de pronto comprendió qué era lo que acababa de llamarle la atención de una manera tan súbita.

Tenía ante sí la espalda de Portland.

Y en ella faltaba... ¡en ella faltaba también un pequeño pedazo de piel!

CAPÍTULO VII

VUELVE EL CORONEL KILBERT

Oswald musitó:

—¿Qué te pasa?

En efecto, Johnny había palidecido de tal modo que pareció incluso como si de un momento a otro fuera a perder el equilibrio.

—¿Ves su espalda, Oswald?

—Pues... ¡pues claro!

—¿No te recuerda nada?

—¡Infiernos! ¡Es cierto! ¡Al otro cadáver también le faltaba un pedazo de piel casi en el mismo sitio!

Y miró al forense.

—¿La han cortado para analizarla? —musitó.

—¿Se refiere a ese pedazo de piel que falta?

—Exacto.

—No, yo no he mandado que la retiraran. Ni creo que lo haya hecho nadie sin mi permiso.

Ahora el que había palidecido era Oswald.

Murmuró:

—Tendrán una colección de fotografías de cuando trajeron a ese fiambre, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Es reglamentario que se hagan.

—Necesitaría que me las enseñase.

El forense conocía a Oswald; no necesitó que éste le mostrara su credencial. Hizo una seña al auxiliar, que volvió minutos después con un fajo de fotografías metidas en un sobre.

Las esparció sobre una mesa. Fotografías de frente, de perfil, de espaldas, de las zonas heridas solamente...

Johnny musitó:

—Aquí está.

—Era un tatuaje...

—Sí, un tatuaje muy pequeño. Valdrá la pena que lo miremos con una lupa.

Oswald extrajo unas inocentes gafas de uno de sus bolsillos y empujó el cristal izquierdo. Todo el panorama se alteró. Al cambiar su posición, el cristal se convertía en una potente lupa.

—Qué tatuaje más extraño... —murmuró Johnny—. En apariencia es el más absurdo del mundo.

—Consiste en unas cifras.

—Yo diría que es una fórmula matemática...

—Tal vez lo sea.

—Hay una forma de comprobarlo —murmuró Johnny—. Y no necesitamos para eso llamar a los especialistas del Pentágono ni de la NASA.

—¿Qué forma es esa?

—Ver si el primer muerto llevaba un tatuaje igual.

Oswald produjo un chasquido con dos dedos.

—Diablos, es cierto...

—Necesitaríamos ver otras fotografías —dijo Johnny al forense—. Las de un cadáver que también pasó por esta sala y que se llamaba Coney Fords.

—Lo recuerdo. Lo habían matado de una forma muy poco divertida. También de ése obtuvimos una buena colección.

Hizo una seña al ayudante, que regresó con otra serie de fotos. Los dos hombres no necesitaron mirar demasiado rato para ver que, en efecto, Coney Fords llevaba un tatuaje similar al del muerto que ahora tenían ante los ojos.

También unos números.

Quizá una fórmula.

Oswald murmuró:

—Es asombroso... Esto podría dar un giro completo al asunto. Necesitamos que el propio presidente Nixon vea estas fotos. Sus técnicos podrán decirnos a qué clase de fórmulas se refieren.

El forense se había acercado...

Inicialmente era un sospechoso, por lo que Oswald se limitó a preguntarle::

—¿Quién puede haber tenido acceso a estos cadáveres, aparte de usted?

—Pues...

—De su respuesta depende mucho. Piénselo bien antes de darla.

—Aquí entra bastante gente, pese a ser una sala reservada —dijo el forense—. Pero no hay duda de que esos trozos de piel los ha arrancado un experto.

—¿Alguna persona puede haber entrado en particular?

—¿Qué quiere que le diga? En la Morgue trabaja muchísima gente. Durante la noche, además, si no hay autopsias, los cadáveres no están vigilados... Cortar un pedazo de piel como ese, a una persona entendida, le cuesta dos minutos.

—Comprendo.

—Si puedo ayudarles en algo, lo haré. Pero dudo que haya notado nada importante.

—Sí que puede ayudarnos —dijo Oswald—. Nos llevaremos las fotografías. Necesitamos que sean, examinadas a alto nivel. Y necesitamos también los negativos para que nadie pueda hacer copias...

—De acuerdo, pero me firmarán un recibo.

—Por supuesto que sí —dijo amablemente Oswald.

Cuando tuvo las fotos y los negativos en su poder, salieron los dos al gran vestíbulo principal de la Morgue.

Numerosas personas entraban, y salían. Algunas de ellas eran médicos; otras periodistas. La inmensa mayoría eran, sin embargo, familiares y amigos de los muchos seres humanos que cada día mueren violentamente en Nueva York, sea de accidente sea a causa de un crimen. Lo mismo Johnny que su jefe pensaron idéntica cosa: lo fácil que podía ser deslizarse dos minutos hasta una de las salas reservadas. Sin embargo, para moverse con seguridad allí, tenía que haberlo hecho una persona habituada a la Morgue; una persona que supiera dónde era trasladado cada cadáver y ay qué horas se realizan su autopsia.

Entonces oyó Johnny la música.

Era una música profunda, lejana.

Era una música en la que estaban contenidos el dolor de la vida y los misterios de la muerte.

Johnny se había detenido.

Oswald musitó:

—¿Qué pasa...?

—Esa música... Ese órgano que suena...

—No tiene nada de extraño. Si vinieras más veces a la Morgue, lo reconocerías enseguida. Hay una sección donde se organizan pequeños funerales para los muertos en accidente, antes del entierro. Y suena el órgano como despedida si los familiares están dispuestos a pagar una pequeña prima.

—Comprendo.

—Hala, vamos.

Johnny hizo un gesto como para alejar de su cabeza aquella extraña sensación que había tenido poco antes y que no sabía concretar en nada. Era una sensación inquietante, difusa, pero que no hubiera sabido explicar.

Cuando estaban en la calle, Oswald le entregó la bolsa que contenía los negativos y las fotos.

—Toma.

—¿Por qué me entrega esto?

—A mí me conocen más. Podrían estar siguiéndome. Tú puedes pasar desapercibido con más facilidad, y en caso de pelea te mueves con más rapidez que yo.

Johnny tomó el sobre con ambas manos, como si fuera una bomba que pudiera caerse.

—No hace falta que te diga lo importante que es esto —susurró Oswald—. Quizá nunca has llevado una carga con tanta dinamita encima. Cuando los técnicos de la presidencia vean esto, puede caer gente que a estas horas no lo imagina.

—¿Pero adonde he de llevarlo?

—Quiero que vayas a Newark.

—¿Y...?

—Dentro de una hora saldremos tú y yo en una avioneta «Pipper» que ya estará preparada. Nuestro destino va a ser Washington. Nos presentaremos en la Casa Blanca a la hora que sea y pediremos entrevistarnos con el presidente. Es absolutamente necesario que esta misma noche se sepa si esas fórmulas corresponden a un secreto militar. Podría ser vital para nuestro país.

—Comprendo.

—Ni qué decir tiene que entonces los hombres a los que has matado habrían pasado a ser unos enemigos de los Estados Unidos.

Tu asunto se resolvería solito. Dejarías de ser un perseguido para transformarte en un agente que ha realizado una simple misión de servicio.

Johnny no contestó.

Pero sabía, efectivamente, la importancia que eso tenía para él. No podía ser toda la vida un perseguido. En cambio, si se limitaba a llevar aquellos negativos a Washington, y todo resultaba como ellos estaban imaginando...

Por eso quizá se los daba Oswald.

Porque así el servicio lo realizaba él. Y porque eso le libraba de todas las posibles culpas en que antes hubiera incurrido.

Le agradeció a su jefe el gesto con una mirada. Oswald renunciaba a todo lucimiento en beneficio suyo. No necesitaban decirse nada.

Se separaron. Así, si alguien les había estado observando, no sabría a quién seguir, puesto que Johnny había ocultado ya el sobre con las fotos.

Desde un coche situado en el *parking* frontero al Hospital Bellevue, un fantástico «Montago» negro, un hombre alto, elegante, de ojos claros, bajó el cristal de la ventanilla posterior.

—¿Has visto, Boris?

—Sí, *tovarich*.

—¿Cuántas veces he de decirte que no me llames «camarada», mientras estemos en los Estados Unidos?

—Perdone, coronel.

—Eres incorregible, Boris. Tienes la fuerza de un elefante, pero la inteligencia de un mosquito. Sin embargo, voy a hacerte una pregunta, porque me fío de tu intuición.

—¿Qué pregunta, señor?

—Esos dos han venido juntos y luego se han separado. Señal evidente de que uno de los dos lleva algo de interés. Es posible que las reproducciones de los tatuajes de los cadáveres.

—Cierto, señor.

—¿Quién te parece que puede llevarlos? No podemos seguir a los dos. Tú podrías ir detrás de uno y yo detrás de otro, pero eso sería dividir demasiado nuestras fuerzas. ¿A quién te parece que debemos seguir?

—Al más joven.

—De acuerdo, Boris. Entonces arranca...

* * *

—Ese taxi que tomó hace veinte minutos, se dirige al aeropuerto de Newark.

—¿Estás seguro, Boris?

—Conozco todos los vericuetos del tráfico. Si yo me dirigiese a Newark, tomaría el camino que ha tomado él.

El coronel Kilbert encendió un cigarrillo con movimientos calmosos, mientras reflexionaba.

—Hum... Me apuesto mi próximo ascenso a que no toman un avión de la línea regular. Esos dos buitres van a Washington, y los vuelos para Washington salen normalmente del Kennedy, no de Newark. Se llevarán una avioneta.

—Es más posible.

—Entonces ya sabes lo que has de hacer, Boris.

—Los adelantaré.

—Sobre todo no llames su atención, muchacho.

Y el coronel Kilbert acarició la documentación falsa de agente del FBI, que le permitiría llegar allí donde quisiese.

—Un conductor de la Unión Soviética siempre adelanta mejor que un sucio conductor americano —dijo Boris.

Y dio gas.

CAPÍTULO VIII

FESTIVAL PARA LA MUERTE

Cuando Oswald llegó a la pista que Johnny y él conocían, el coronel Kilbert ya les estaba esperando tranquilamente al pie de su soberbio «Montago», estacionado en la hierba, y del cual, naturalmente, había apagado las luces. Aquello era un maravilloso campo de golf. Daría gusto enviar al aire un par de pelotas.

La avioneta estaba estacionada en la oscuridad, a unas cincuenta yardas, y ya tenía las luces de situación encendidas.

El ruso musitó:

—Es una «Pipper». Magnífico. Tiene poca velocidad de arranque. El momento perfecto para enviarles la primera bola será cuando empiecen a rodar sobre la pista.

—Entonces estallarán los tanques de gasolina y todo el avión se irá al diablo, coronel, digo... señor.

—Exacto, Boris. Habrá un verdadero festival. Todo el avión, como tú dices, se irá de vacaciones al infierno.

Y preparó tranquilamente la pelota, poniéndola sobre la hierba, mientras Boris extraía del portaequipajes del «Montago» dos equilibrados palos de golf.

Para que Kilbert pudiera ver la bola durante la noche, esta poseía varios puntitos fosforescentes que durante el día nadie hubiera podido notar.

Alzó el palo, tomó medidas, situó bien los brazos y aguardó con todos los músculos en tensión.

Mientras tanto, Oswald y Johnny habían subido ya a la avioneta. No estaban dispuestos a perder ni un minuto.

Johnny era el encargado de pilotar hasta que llegaran a Washington.

Conectó la radio y esperó a que le dieran la salida desde la torre

de control.

En aquel momento se posaba un «DC-9» que llegaba desde Montreal y se dirigía a Miami.

La voz llegó claramente desde la torre:

—Tiene buen tiempo en toda la ruta. Ninguna recomendación especial. Maneje el encendido y repase todos los mecanismos que voy a dictarle, dándome la conformidad a cada uno de ellos.

Johnny encendió. Las hélices empezaron a girar. Mientras tanto, desde la torre empezaban a dictarle todos los mecanismos que tenía que repasar uno a uno.

Era lo que los pilotos profesionales llaman «el rosario».

Antes de despegar, Johnny miró la carpeta con las fotografías que había dejado junto a su asiento.

Ya no había duda: llegarían a Washington.

—¡Despegue! ¡Pista libre!

La orden había sido dada desde la torre. Johnny fue dando poco a poco gas. La avioneta, que ya tenía los calzos retirados, empezó a deslizarse sobre la pista.

El coronel Kilbert la miraba con una media sonrisa flotando en sus labios.

Había llegado su momento.

Como si se diera la orden a sí mismo, musitó:

—¡Ahora!

El lanzamiento fue perfecto, como todos los suyos. La bola salió disparada hacia el avión, que rodaba a unas cincuenta yardas de distancia.

Johnny no la vio venir.

Sólo se enteró de lo que ocurría cuando la terrible explosión se llevó todo el plano de cola. Habían tenido la suerte de acelerar un poco más en las últimas décimas de segundo, empujados por el viento de popa, ya que de lo contrario la granada hubiera explotado directamente sobre la carlinga. Pero el estallido fue suficiente para que todo el avión pareciera irse al diablo. Uno de los depósitos de gasolina se incendió, dejando en la pista un rastro de fuego. Johnny comprendió que el otro no tardaría ni cinco segundos en estallar.

Y entonces sí que no habría salvación.

Tenían que escapar de allí como fuese.

Además Johnny tenía la suficiente experiencia para saber que la

segunda bola ya estaría en camino. Y en eso no se equivocaba.

El ruso había colocado una segunda granada en el punto exacto. Preparó el bastón.

Johnny gritó:

—¡Fuera!

Los dos salieron disparados, uno por cada portezuela, mientras una pequeña bola blanca volaba hacia los restos del aparato. La explosión fue terrible. Ahora sí que la gasolina almacenada en el depósito central estalló en una horrisona bola de fuego.

Toda la pista se convirtió en una carretera del infierno.

Las llamas avanzaban por ella, empujadas por el fuerte viento que llegaba del Sur. A lo lejos se oían las sirenas de los equipos de emergencia, pero ya llegarían demasiado tarde.

Johnny se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Pensaba en las fotografías que habían quedado en el aparato. Las fotografías con los negativos, que se habían perdido del todo también.

Ahora no podrían saber ya qué fórmula secreta, vital para los Estados Unidos, estaba siendo robada.

Había centenares de fórmulas que estaban en aquel caso. Unas más importantes que otras, naturalmente. Pero jamás podría saberse cuál era la que los dos hombres llevaban tatuada (una parte cada uno) a menos que apareciesen los trozos arrancados de sus pieles.

El golpe había sido propinado en el momento exacto y con una precisión admirable. Como cuando fue muerto Gardov.

Johnny se dio cuenta de que tenía enfrente a un enemigo digno de respeto, a uno de los mejores agentes con que se había tropezado en su vida.

Un pensamiento súbito le sacó de todas estas reflexiones.

Se dio cuenta de que Oswald había perdido el conocimiento al lanzarse desde la avioneta y estaba a punto de morir, porque las llamas avanzaban velozmente hacia él. No lo pensó ni un momento. Saltó por encima de la calle de fuego, dio dos vueltas sobre la hierba chamuscada, junto al cuerpo de Oswald, y lo retiró en el momento en que el fuego ya casi prendía en sus ropas.

Pero con eso se había descubierto.

La claridad le envolvía por completo y, tal como estaba en el suelo, componía un blanco perfecto para sus dos enemigos,

estacionados en el «Montago» apenas a veinte yardas de distancia.

El coronel Kilbert se sentó cómodamente en el diván posterior, mientras se ponía entre los labios un cigarrillo que por el momento no se atrevió a encender.

—Arranca —ordenó.

—Los dos están aún con vida —musitó Boris.

—Perfecto. Y están juntos. Haz que las ruedas les pasen por encima un par de veces y luego huye.

—Bien, señor.

Kilbert musitó:

—Lástima. Será un fin demasiado vulgar para un par de enemigos tan valientes.

El coche arrancó a gran velocidad, dirigiéndose como un bólido hacia los dos hombres caídos a un lado de la pista. Johnny lo vio cuando el gigantesco «Montago» ya estaba encima. Tuvo que tomar una decisión en fracciones de segundo.

Ladeó el cuerpo de Oswald con toda la velocidad de que fue capaz, procurando que las cuatro ruedas pasaran sin tocarle. Él también se agachó instantáneamente, haciendo que el vehículo se deslizara por encima suyo. El parachoques delantero le acarició la nuca. Menos de un segundo de vacilación y su cabeza se hubiera hecho añicos contra la placa de matrícula.

Se oyó un espantoso crujido de huesos.

Johnny lanzó una imprecación. No se había dado cuenta, pero Oswald tenía un brazo extendido. Ese brazo fue partido en tres trozos por las ruedas. Inmediatamente, y tan rápido como había llegado, el coche pasó.

Kilbert murmuró:

—Has alcanzado solo a uno de ellos, Boris, y además mal. Vuelve y trata de afinar más esta vez.

—Lo haré, *tovarich*.

Estaba nervioso y ya se había olvidado de todas las precauciones. Giró velozmente para volver. Pero mientras tanto, Johnny ya había saltado con la rapidez de un tigre.

Patinó sobre el techo y casi fue a parar al capó delantero, lo que hubiera permitido a Boris rematarle a tiros casi a placer. Pero Johnny logró evitarlo en el último segundo, sujetándose a la parte superior de una de las ventanillas. Kilbert, que se daba cuenta de

todo, hizo un gesto con la boca indicando admiración.

—Un salto que no daría el mejor de mis hombres —dijo.

Y, como ya había encendido el cigarrillo, aplicó la llamita a los dedos de John y, que penetraban por el hueco del cristal a medio bajar. Johnny resistió el dolor. Sus dedos no se movieron ni una décima de pulgada.

—¡Vira!

Boris hizo girar el coche como una peonza. Y Johnny giró también en el techo, pero no llegó a caer.

Mientras tanto el «Montago» ya se alejaba de las zonas iluminadas y rodaba por la hierba, bien lejos de las balizas. La ambulancia y el coche de extinción de incendios se habían detenido a unas quinientas yardas. Teniendo las luces apagadas, nadie sabía dónde estaba el «Montago» ni qué ruta seguía.

Por lo menos nadie lo sabría durante un par de minutos, que era todo lo que Kilbert necesitaba para matar a Johnny.

Bueno, eso creía.

El joven estaba aferrado al techo del vehículo con tal fuerza que resultaba imposible sacarle de allí por muchas maniobras que se hicieran. De modo que Kilbert decidió resolver el asunto por la vía rápida. Indicó a Boris:

—Frena y deshazle la columna vertebral.

—Con mucho gusto, *tovarich*.

Aquella era una de las órdenes que Boris se desvivía por cumplir. Frenó, saltó del coche y sujetó con las dos manos al hombre que aún continuaba en el techo del «Montago», medio aturdido por los esfuerzos realizados.

Fue a torcerle el cuello, haciendo girar su mandíbula y rompiéndole así las vértebras cervicales.

Boris era un maestro en aquella presa mortal. Por eso lanzó un grito de asombro al ver que el otro la esquivaba. Y mucho más aún cuando recibió aquel golpe propinado con la mano en la parte anterior del cuello.

Boris vaciló.

Fue a sacar su pistola silenciador. Y no porque no le gustaba liquidar a aquel tipo con sus propias manos, sino porque comprendía que no estaban en situación de perder tiempo.

Pero ni ese sencillo movimiento pudo hacer.

Un pie salió disparado hacia su mandíbula. Johnny se había contorsionado con tanta velocidad que el otro no pudo prevenirse. Se oyó un chasquido y Boris cayó hacia atrás con los ojos en blanco.

Pero no tardó ni cinco segundos en rehacerse.

No era un hombre, sino un toro.

Embistió con las dos manos en alto, dispuesto a arrollar a su enemigo. Pero éste ya había saltado a tierra y ya preparaba sus puños. Boris fue cazado con un golpe en el plexo solar, otro en la mandíbula, un tercero en el hígado y un cuarto tras el pabellón de la oreja.

Todos fueron de auténtico K. O., en especial el segundo. El gigantesco ruso cayó hacia atrás, con los ojos más en blanco que la primera vez, mientras sus manos arañaban el aire.

No estaría sin sentido demasiado tiempo.

Pero para Johnny era suficiente.

Al menos se había librado de uno de sus enemigos. Podría ocuparse del otro. ¿Podría...?

El cañón de la pistola, al clavarse entre sus costillas, le hizo comprender que quizá había sido demasiado optimista.

La voz dijo en perfecto inglés:

—Buenos golpes, amigo. Pero ahora manos en alto.

Johnny dudó entre obedecer o no. Sabía que el otro iba a disparar. En su maldita profesión, nunca se perdonaba.

Pero la voz siguió diciendo, con una tranquilidad que le heló la sangre en las venas:

—Me has dejado sin chófer, y por lo tanto necesito uno. Vamos, colócate ante el volante. Vamos a dar un paseo. Y no olvides, por si te entran tentaciones de improvisar, que mi pistola te estará apuntando a la nuca.

Johnny comprendió que ahora sí que no tenía más remedio que obedecer.

Eso o quedarse seco. Y, al menos, mientras tuviera vida podía tener esperanza de triunfar.

Se sentó al volante y arrancó.

Sin que el otro se lo indicara, rodó por la hierba hacia las zonas más oscuras y más alejadas de los balizajes. El ruso no le clavaba la pistola en la nuca, pero Johnny lo adivinaba vigilante tras él, con el dedo en el gatillo. Y Kilbert era de los que no fallaban. Kilbert le

volaría la cabeza si él intentaba una maniobra, por hábil y rápida que fuese.

Llegaron así a una gruesa valla que limitaba el campo y los terrenos libres. Estaba hecha de alambre trenzado. Apenas la divisaron, Kilbert ordenó:

—¡Da gas! ¡Tú sabes que puedes atravesarla!

Johnny lanzó el coche como si fuera una bala. El impacto hizo retemblar toda la estructura y se tragó medio capó, pero en la valla se abrió un hueco que dejó paso al automóvil. Las ruedas sufrieron una ligera desviación, que Johnny corrigió inmediatamente.

Ahora estaban remontando un fuerte repecho que llevaba a la carretera.

A poca distancia se divisaban las luces de un buque de carga que remontaba el río, y más allá el inmenso bloque de luz de la isla de Manhattan.

Kilbert dijo, siempre con voz tranquila:

—Ahora tuerce a la derecha.

Por lo visto conocía muy bien toda aquella intrincada red de carreteras y autopistas. Momentos después estaban rodando por un camino vecinal que llevaba a una colonia de elegantes chalets. La oscuridad era allí casi completa, solo rota de vez en cuando por alguna luz medio oculta entre los ramajes de los árboles.

Johnny bisbiseó:

—No te hagas ilusiones, Kilbert.

—Ah... ¿Conoces mi nombre?

—Como si fuera el mío. Desde que nos conocimos en Calcuta no te he olvidado tan fácilmente.

Kilbert emitió una risita pausada, tranquila.

—No eres un cualquiera —dijo—. Y lamento que no milites en mis filas. Haría de ti un verdadero hombre.

—Cuando cacen a Boris, le hagan hablar y luego te acorralen a ti, ya veremos qué cara pones, Kilbert.

—A Boris no le cazarán. Sabe perfectamente lo que hay que hacer para huir. Y aunque le atrapasen, no hablaría.

Luego Kilbert continuó con la misma voz tranquila:

—Sigue derecho y a poca velocidad. Enciende solo las luces de posición. Y mientras tanto canta.

—¿Cantar qué?

—Explícame tu vida, muchacho. Yo siempre he tenido unas ganas enormes de instruirme. Me derrito por saber cómo son las vidas de los otros.

Johnny guardó silencio. Y apretó los labios tenazmente, mientras conducía a poca velocidad.

Kilbert susurró:

—Quizá deba ayudarte un poco. Por ejemplo, ¿por qué estás matando a esos hombres? ¿Para qué no lleguen a salir del país?

—¿Qué hombres?

—Vamos, muchacho, no te hagas el inocente... No me digas que te enteras ahora. Me refiero, por ejemplo, a Coney Fords. Y me refiero también a ese infeliz de Portland.

—Ellos ultrajaron y asesinaron a mi hermana. Y ahogaron además a una pobre muchacha. Fue un crimen repulsivo, un crimen de los que nunca se perdonan.

—¿De veras?

—¿Qué crees que estoy haciendo, Kilbert? ¿Jugar al escondite? Mato a esos tipos porque juré matarlos. Y acabaré con todos ellos —ya solo me quedan pocos— aunque, sea la última cosa que haga en mi cochina vida.

—¿De modo que es un asunto personal?

—Sí.

—No te creo, muchacho.

—¿Por qué no?

—Porque yo pienso que los matas por otra razón: para que nunca lleguen a enseñar a nadie lo que llevan tatuado en sus espaldas.

—¿De modo que los otros dos también lo llevan?

Kilbert rio quedamente.

—Te haces el inocente muy bien, muchacho.

Y añadió:

—Frena.

Johnny frenó.

Estaban ante una casa en construcción, una casa de la que solo se distinguía el esqueleto de puertas y ventanas.

—Sea cual fuere tu razón, lo importante es que eres el enemigo más molesto con el que me he encontrado —dijo Kilbert—. Y como comprenderás, muchacho, no voy a darte encima un diploma de

buen conducta.

Johnny pestañeó.

—Perfecto, ¿y qué? —dijo con voz tranquila—. Sé de sobras las leyes que imperan en nuestra salvaje profesión. Si los papeles se jugaran a la inversa, yo también te mataría a ti. Vamos, ¿a qué esperas para apretar el gatillo?

—No debería esperar nada.

—¡Pues acaba de una vez!

—Pero me pasa una cosa muy extraña —dijo el ruso.

—¿Qué cuerno te pasa?

—Verás... Cuando maté a Gardov no sentí la menor repugnancia. Era un sucio buitre, un traidor que vendía a su patria por dinero. Lo vi volar hecho pedazos y me quedé tan tranquilo. Pero contigo me ocurre algo distinto. Tú eres un hombre que defiende a su país, como lo defiende yo. Me sabe mal liquidarte como a un perro rabioso, de un balazo en la nuca.

—¿A qué tanta comedia, Kilbert? No hay necesidad de adornar tanto la muerte de un enemigo como yo. Líquidame de una maldita vez.

—Nunca he hecho esto, amigo. Nunca he liquidado a sangre fría a un hombre que me mereciera tanto respeto como tú.

—Pues alguna vez tenía que ser la primera. Dispara y quédate tranquilo.

Inesperadamente, el ruso musitó:

—Voy a darte una oportunidad.

—¿Qué...?

—Baja.

—Quieres simular un accidente, ¿verdad? Quizá así piensas que vas a escapar.

—No pretendo simular nada. Toma.

Y arrojó al suelo algo que, por su sonido metálico tenía que ser una pistola.

Estaban los dos junto al coche, en la oscuridad. Apenas les separaban unos cinco pasos. Johnny se inclinó poco a poco para recoger la pistola, pensando que de un momento a otro le iba a llegar el balazo definitivo.

Pero el ruso no disparó.

Sólo cuando Johnny hubo recogido su arma, dijo:

—Ahora guárdala. Remete la pistola entre la camisa y el pantalón. Yo llevo así la mía.

—¿Qué tratas de provocar? ¿Un duelo como los del Oeste?

—Yo siempre he admirado vuestro país por la historia del Oeste —dijo tranquilamente el coronel Kilbert—. Es curioso, pero se parece bastante a nuestra historia de Siberia. Y pienso que un hombre como tú debe morir con las armas en la mano, de modo que tienes una oportunidad para triunfar. ¡Defiéndete!

Johnny no lo comprendía.

En una vida entera dedicada al espionaje, donde todo consistía en engañar y ser engañado, jamás se había encontrado ante un enemigo como aquel.

Murmuró:

—¿Tratas de insinuar que me has dado una pistola cargada y que puedo liquidarte si soy más rápido que tú?

—Pruébalo.

Johnny no perdió tiempo.

¡O vida o muerte!

La mano del otro ya se movía hacia su cintura. A la distancia a que se encontraban, aquel duelo tenía que ser mortal.

Sólo viviría aquel que consiguiera ser unas décimas de segundo más veloz que el otro.

Con la boca seca, el joven revivió en un tiempo infinitamente corto pero infinitamente intenso lo que debieron sentir noventa años antes los pistoleros en las calles secas de Abilene. Sus dedos se crisparon en el aire, su espalda se arqueó. No se dio cuenta de lo que había hecho hasta más tarde, hasta que todo hubo sucedido. Una especie de neblina cubría su cerebro. Oyó un leve taponazo, señal de que las pistolas estaban provistas de silenciadores.

Sólo uno de los dos había disparado.

¡El!

Vio confusamente que el ruso se tambaleaba, mientras la pistola resbalaba de entre sus dedos. Johnny pudo disparar otra vez, pero no lo hizo. Un chorro de sangre escapaba de la cabeza de su enemigo.

Kilbert se desplomó a sus pies.

Johnny se inclinó sobre él y lo registró velozmente, quedándose su pistola y sus documentos, que guardó en los diversos bolsillos de

su traje. Estaba realizando esta tarea cuando de repente una luz se proyectó de lleno sobre él.

Fue algo instantáneo. No pudo preverlo.

Vaciló, casi cegado, mientras alzaba las manos poco a poco.

Y en ese momento el cañón de un revólver se apretó contra su frente.

CAPÍTULO IX

UNA DEUDA DE HONOR

Johnny distinguió confusamente el revólver y se dio cuenta de que era un calibre 38, es decir el reglamentario de la policía. Distinguió más allá una mano enguantada, una manga oscura y un uniforme más oscuro aún. Estaba ante un polizonte. Un polizonte que al menos medía dos metros y que ya cerraba el dedo sobre el gatillo.

—Quiero verte las dos manos. Y abre tu americana.

Johnny obedeció.

Apareció la pistola remetida entre la camisa y el pantalón.

Aún tenía otra, pero el policía no la vio. De todos modos, si las cosas marchaban como normalmente debían marchar, no tardaría en descubrirla.

—Ponte en pie.

Johnny obedeció también.

—Las manos apoyadas en el techo del automóvil. Las piernas separadas.

El policía le cacheó rápida y eficazmente. La otra pistola apareció también. Luego la atención del polizonte se centró en el caído, aunque sin dejar de apuntar a Johnny.

Este comprendió que, después de todo, había triunfado.

No tenía más que dejarse llevar por el policía. Su identidad sería avalada por el Servicio Secreto y quedaría no solo en libertad, sino que además probablemente se le ascendería por haber capturado a Kilbert. En cuanto a Kilbert, de acuerdo con las leyes internacionales que rigen para los espías, muy poco después ya habría sido condenado a muerte.

Era el mejor triunfo que Johnny podía haber imaginado.

Unos minutos antes era un hombre muerto. Ahora era un

triunfador.

El policía murmuró:

—Ese hombre está solo herido. Una rozadura en la cabeza. La bala no le ha matado por milagro, pero se repondrá.

—Eso espero.

—Abra las dos portezuelas del coche. Siéntese ante el volante con las manos en alto y yo me colocaré en el diván posterior. Le estaré apuntando hasta que me conduzca al Precinto, que está apenas a una milla.

Johnny musitó:

—Sí, amigo.

¿Por qué lo hizo?

¿Por qué se jugó la vida a cara o cruz? ¿Por qué se convirtió otra vez en un perro perseguido?

El mismo no lo supo en aquel momento.

Sólo notó que su puño derecho se movía. Una fuerza ajena parecía guiarle. Oyó el estampido seco, crujiente, de la mandíbula del policía al partirse en dos.

Había sido quizá el golpe más duro, más cortante que Johnny había propinado en su vida.

Sus nudillos quedaron destrozados.

Vio al policía caer, y él mismo tuvo que hacer un terrible esfuerzo para no gritar. El dolor le recorría el brazo como un calambre y llegaba hasta sus hombros.

Cargó a Kilbert en el coche, tendiéndolo en el diván posterior, y arrancó olvidándose del policía. No le pasaría nada. Al contrario, llegaría al Precinto poco después y desde allí organizaría la caza del hombre.

Johnny tenía los labios salvajemente apretados.

Sabía que había obrado mal. Que había faltado al más elemental de los deberes: eliminar al enemigo.

Pero también había pagado una deuda de honor.

Johnny sabía que el día que no creyese ya en su honor tampoco creería en sí mismo.

Rodó hasta Manhattan, evitando los caminos concurridos, y dejó el coche estacionado en el inmenso *parking* de una fábrica, casi vacío a aquella hora. Sabía que Kilbert despertaría allí y se las compondría solo. La herida no era grave, y aunque lo fuese,

resultaba seguro que el ruso había salido de situaciones muchísimo peores.

Dejando puestas las llaves de contacto, Johnny se alejó de allí.

Estaba cansado y abatido. Necesitaba descansar y ordenar un poco sus pensamientos.

Pero no sabía dónde pasar aquella noche.

¿Y por qué no en su vieja casa?

¿Quién le buscaría allí?

¿Quién imaginaría que se había atrevido a volver?

Poco después estaba en el West Side, en el viejo barrio que le vio nacer. Las calles, silenciosas y vacías a aquella hora, tenían un aspecto casi fantasmal. Johnny se dejó envolver por sus recuerdos. Una tristeza infinita, una tristeza que le dominaba hasta dejarle sin fuerzas, se fue apoderando de él.

Porter estaba en la escalera. Debía haberle oído. En la penumbra, los dos discos negros de sus gafas brillaban quedamente como dos globos vacíos.

El joven bisbiseó:

—¿Cómo ha podido reconocer mis pasos?

—Los ciegos lo reconocemos todo, Johnny, te esperaba. Sabía que tarde o temprano volverías por aquí.

—No debí haberlo hecho, Porter. Y hay momentos en que me siento tan terriblemente cansado que no hay nada que me interese.

—Pero has matado a dos de aquellos perros. Lo he oído por la radio. He oído lo de la aparición de sus cadáveres. También por la televisión dieron algo. Lástima que no pudiera ver las imágenes, pero las explicaciones verbales eran lo bastante expresivas. Me di cuenta de todo. Eres mucho mejor de lo que imaginaba, Johnny.

El joven bisbiseó:

—Hay momentos en que a mí mismo me parece increíble.

—¿Es que vacilas?

—Aún me faltan dos hombres, pero no sé si tendré fuerza para matarlos.

—¿Por qué?

—No sé cómo explicarlo, Porter. Quizá es que la muerte me ahoga. Quizá es que estoy tan cansado que ya no sé qué pensar.

—¿Acaso has olvidado... a las dos muchachas?

Johnny no contestó.

Sentía frío en la espalda, sentía dolor en la nuca.

—Entró de nuevo en las habitaciones vacías, y si por un momento había llegado a olvidar a Silvia y a Anita, ahora las recordó. Las recordó tan vívidamente que sintió un nudo en la garganta, mientras sus dedos se ponían a temblar, como si estuvieran ansiosos de algo.

Cuatro hijos de perra habían hecho aquello.

Y aún quedaban dos...

¿Cómo pudo dudarle ni por un momento? ¿Cómo pudo el cansancio apoderarse de él antes de que ultimara su venganza?

Extrajo los documentos robados a Kilbert y los examinó. Las credenciales falsas del FBI le llamaron en especial la atención por lo perfectamente imitadas que estaban. Buscó también alguna pista del paradero de los dos hombres a los que ansiaba matar, porque daba por descontado que Kilbert estaba también sobre su pista, aunque las razones no las entendía con mucha claridad aún. Despreció la gran cantidad de dinero —éste auténtico— que había sacado de los bolsillos del coronel ruso y concentró su atención en una pequeña libretita de notas donde había infinidad de datos y de teléfonos. Era de suponer que el noventa y nueve por ciento de aquellos datos y teléfonos no significaban nada, y estaban puestos para desorientar. Sólo un par de anotaciones tenían valor allí, y lo difícil iba a ser encontrarlas.

La experiencia de Johnny le ayudó.

Él había empleado muchas veces aquel truco, cuando actuaba en países extranjeros.

Media hora le costó identificar las dos únicas anotaciones que tenían valor allí. Una, por lo que dedujo, debía ser un teléfono de urgencia para casos de apuro. La otra se refería a un número y luego a una dirección contigua a la estación Grand Central.

Johnny no lo pensó más.

Fue hacia allí.

Tampoco pensó que no llevaba armas.

La dirección cercana a la estación Grand Central, correspondía a un hotel que era más bien un tugurio contiguo a un *dancing*. Las palabras mágicas: *Girls... Girls... Girls...*, brillaban allí durante toda la noche. Una multitud abigarrada de marinos, proxenetas, curiosos e invertidos se movía por los alrededores, husmeando también en

los establecimientos donde solo se vendía literatura erótica.

Johnny entró en el hotel.

Una rubia que valía por todas las *girls* del *dancing*, estaba tras el mostrador.

Johnny pronunció el número que había encontrado en la agenda.

—El cinco.

En el casillero número cinco había un sobre. Ella se lo entregó con una sonrisa.

—¿No quieres nada más, amigo?

—Lo que yo quiero te iba a dejar demasiado cansada, preciosa. Es mejor que te repongas. Volveré, pasado el verano.

Ella masculló entre dientes:

—Ahí fuera hay unos tipos que te interesarán más que yo.

Y siguió insultándole en voz baja hasta que Johnny salió del hotel.

Dentro del sobre había una llave. Era lo único que le interesaba.

El joven la extrajo y vio que correspondía a una caja de alquiler de la estación Grand Central. La buscó, abrió la caja y encontró solo dentro un papelito con un número de teléfono.

Fue a una cabina y lo disco.

Una voz muy queda le contestó de forma apenas audible:

—¿Sí...?

Johnny trató de imitar la voz del coronel Kilbert, que no conocía muy bien. Confió en que el otro tampoco la conocería demasiado.

Dijo suavemente:

—Necesito verte.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Llamas de parte del coronel?

—Soy el coronel.

El otro vaciló un momento.

Johnny pensó que, si recordaba la voz, estaba listo.

Pero, por fortuna para él, el otro no la recordó.

—De acuerdo —dijo—. ¿Dónde?

—En la estación del Metro de Times Square dentro de media hora. A mí ya me conoces, de modo que te dirigirás a mí directamente. Estaremos reunidos solo unos minutos.

—De acuerdo, pero necesito protección. Coney Fords ha muerto. Portland también. ¿Quién está acabando con nosotros? ¿Por qué? Usted nos prometió que nos sacaría del país enseguida.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—No trato de negarlo. Tengo un miedo que me corroe las entrañas. Este no es un trabajo para héroes. Usted nos prometió dinero fácil. No nos habló de que hubiese el menor peligro.

—Las cosas se han torcido un poco, pero ahora volverán a arreglarse. Por eso te llamo personalmente. No lo olvides: dentro de media hora justa, en la estación del Metro de Times Square, junto al andén de los expresos (^{4}). No te entretengas.

Y colgó.

Media hora era el tiempo que él necesitaba para ir a Times Square andando sin ninguna prisa, desde el lugar en que se encontraban ahora. Pero tomó un taxi porque le interesaba llegar cuanto antes. Se aposentó cerca del andén de los trenes expresos y esperó.

La estación estaba vacía.

Se diferenciaba mucho de las estaciones de algunos países latinos que Johnny había visitado, y en los que la gente salía de no se sabía dónde.

De vez en cuando un pequeño grupo de personas entraba o salía. El tren las engullía y volvía a hacerse el silencio.

De pronto los ojos de Johnny se achicaron.

Tenía que ser él.

Aquel tipo que acababa de entrar, mirando a todas partes con expresión desorientada, tenía una gran semejanza con Portland y con Coney Fords. Pertenecía a esa clase especial de hombres que no lo son del todo y de mujeres que no lo son del todo tampoco. Era un ejemplar del tercer sexo tan típico que podía haber aparecido como modelo en las páginas de una revista. Pero Johnny sabía que aquellos tipos resultaban más peligrosos porque atacaban siempre a traición, con dientes y con uñas.

Se acercó a él.

En sus retinas se había formado una especie de niebla.

Y en esa niebla parecían flotar aún las imágenes de las dos muchachas muertas.

El tipejo se dio cuenta de que aquello era una trampa, y lanzó

un grito de rabia. Del interior de su americana entallada salió una pistola de cañón corto.

Johnny no llevaba armas.

Pero no le dejó tiempo para disparar.

Su pierna derecha salió disparada, enviando la pistola por los aires antes de que el otro cerrara el dedo sobre el gatillo. Sonó un alarido. Johnny se lanzó ahora llevando por delante los dos pies a la vez.

La doble patada al plexo solar era su golpe favorito. Muchas veces había resultado mortal. Su enemigo cayó a la vía, aullando, en el momento en que un convoy llegaba.

El chirrido de ruedas y de huesos hizo estremecer la estación. La sangre salpicó hasta el andén. Johnny quedó sentado en el suelo mientras varios hombres y mujeres le miraban petrificados desde las puertas absortas.

La bala le produjo una sacudida en la mejilla derecha.

Tardó unos segundos en darse cuenta de dónde venía aquella bala. Unos segundos que le pudieron costar la cabeza, porque el disparó se repitió, segando ahora la bala las baldosas del andén, a pocos milímetros de su pecho.

El que tiraba era un tipo muy semejante al que acababa de morir. Estaba en cuclillas al otro lado del andén y disparaba con una
«Germán Luger».

Johnny se pegó al suelo.

Sonaron más gritos.

Las puertas del ferrocarril se cerraron, tragándose a su carga humana, y las ruedas volvieron a girar, pasando por encima de los restos dispersos del cadáver. Johnny saltó y corrió al compás de los vagones, pana desorientar a su enemigo.

Este disparó dos veces más.

Estaba como enloquecido.

Uno de los cristales del Metro saltó hecho astillas, mientras un pasajero se encogía, alcanzado en la cara.

Johnny comprendió que el primero de aquellos hijos de zorra no había venido solo. Su compañero estaba allí para cubrirle. Era el único que faltaba para componer el cuarteto de asesinos.

Sus dientes rechinaron.

El último de los buitres a los que había jurado desplumar.

El último...

Corrió en zig-zag, mientras el otro seguía disparando rabiosamente. Y en un gesto que parecía suicida, Johnny se pegó al final del Metro, que corría raudamente, tragándose el andén.

Su enemigo apuntó.

Ya no tuvo tiempo de apretar el gatillo.

Johnny había saltado como un puma, aprovechando el momento en que el convoy pasaba junto al pistolero. Los dos rodaron por el andén, llegando casi hasta la zanja de la vía del otro lado. La «Luger» saltó por los aires.

Johnny descargó las dos manos unidas sobre la garganta de su enemigo. Se oyó un siniestro «craaac».

Pero el otro aún se movió.

Aún intentó desesperadamente sacar el puñal que llevaba en uno de sus bolsillos.

Otro golpe.

Este bajo el pabellón nasal.

Ssssszam...

Johnny notó que su enemigo quedaba espantosamente inmóvil. Demasiado sabía que le había hundido la base del cráneo. Se puso en pie de un salto y lo empujó a la vía.

Se oyeron algunos gritos.

Varias personas que entraban en aquel momento en la estación habían visto lo ocurrido. Algunas de ellas corrieron para llamar a la policía, pero Johnny no les dejó tiempo.

Saltó ágilmente por encima de las vías, en un salto que hubieran envidiado en la Olimpiada, y salió por otra escalera, al lado opuesto de Times Square.

Los gritos arreciaban.

El tumulto era espantoso.

Y entre todo aquel maremágnum, los dos agentes de policía, que habían acudido a toda prisa, no sabían a quién perseguir.

Johnny descendió a pie hasta la Calle Cuarenta y dos, mezclándose con la multitud. En la Calle Cuarenta y dos tomó el autobús que lleva al extremo del East Side, al edificio de las Naciones Unidas. Una vez allí, subió por la Tercera Avenida. Estaba seguro de que ahora ya nadie podría seguir su pista.

Entró en una cabina telefónica y disco el número privado de

Oswald.

Le respondió una voz que no era la suya. Le respondió con un monosílabo que no comprometía a nada.

—¿Sí?

—Quiero hablar con Oswald. Soy Johnny.

—Está en el hospital. Aún no se ha repuesto.

—¿Pero es grave?

—No.

Johnny no hizo ninguna pregunta más. Colgó suavemente.

Aquella noche se fingió borracho y durmió en un infecto hotelucho del Bowery, donde los alcoholizados colgaban materialmente de las ventanas. Nadie le preguntó nada.

En la misma habitación dormían ocho. Los ocho podían ser unos asesinos.

Pero Johnny nunca había pasado una noche tan tranquila como aquella.

CAPÍTULO X

LAS FORMULAS VIVIENTES

Debían ser las diez de la mañana cuando Johnny salió de allí. Los borrachos, algunos de ellos semidesnudos, aún dormían en las aceras. Aquel era el único sitio de Nueva York donde la policía no les molestaba. Johnny avanzó haciendo eses hasta la primera esquina, y desde allí se dirigió ya con paso normal, a Mott Street, en el corazón del Barrio Chino. Entró en el restaurante Port Arthur, a uno de cuyos camareros conocía.

—Hola, Johnny. Hacía al menos seis meses, que no te dejabas caer por aquí.

—Y puede que ahora esté un año si seguís dándome caldo de rata, como la última vez. Prepárame una jarra de cerveza que no sea china con un bistec que no sea chino, y un poco de pan que no haya sido tocado jamás por manos amarillas. Dame también una ficha para el teléfono.

El camarero rio.

Johnny sabía demasiado bien que allí no le servirían nada que no fuera rigurosamente chino.

Hasta el pan que comió lo era. Pero hubo de reconocer que todo tenía un sabor más que aceptable.

Luego volvió a llamar a Oswald.

Ahora Oswald ya estaba al otro lado del hilo, en su despacho secreto de Nueva York.

—Johnny...

—¿Qué tal tu cabezota, Oswald?

—Creo que he de darte las gracias. Y conste que me revienta tener que hacerlo. Pero lo más fácil es que sin ti estuviese ahora durmiendo en la Morgue.

—A la Morgue irían dos tipos anoche. Los dos muertos en Times

Square. Supongo que te enteraste de lo que ocurrió allí.

—¿Y quién no? Si te molestas en comprar un periódico de la mañana, verás que no hablan de otra cosa. Enseguida he pensado que habías sido tú. Además, la descripción de los testigos concuerda.

—Eran los dos únicos que faltaban. Ahora ya están listos todos los que hicieron aquella salvajada sin nombre.

—Sí, pero...

—¿Pero qué...?

Oswald había murmurado. Luego bisbiseó:

—Acabo de llegar del depósito de cadáveres.

—¿Y...?

—De los dos cuerpos hay uno, él que arrolló el tren, que está convertido en pedazos. Pero se notaba que tenía un tatuaje en la piel, en la parte alta de la espalda.

—¿Qué... quieres... decir?

—¡Que también sus tatuajes han sido arrancados! ¡Que los pedazos de sus pieles han desaparecido...!

* * *

Johnny sintió que se le secaba la boca.

Con un soplo de voz, musitó:

—¿No los vigilaba nadie...?

—No pude tomar medidas, puesto que yo mismo estaba en el hospital. Por las cercanías de la sala había destacado a dos hombres, sin embargo. Pero ellos insisten en que no vieron nada extraño.

—¿Podrían describir a las personas que entraron o salieron?

—No; eso sería imposible. Vieron desfilar ante sus ojos a docenas de hombres y mujeres. Pero los que más o menos se acercaron a la sala especial donde estaban los cadáveres, eran personas que tenían algún cargo en la Morgue.

—Con eso no adelantamos nada.

—Espera; no he terminado aún. Al menos he descubierto la clase de fórmula que esos hombres llevaban tatuada en la espalda. Cada uno de ellos tenía solo una parte. La fórmula era la de un nuevo sistema de fisión del átomo. No hace falta decir la importancia que tiene eso. Pero lo curioso es que no se trata de un sistema de fisión

más rápido, que tenga aplicaciones militares, sino precisamente de un sistema de fisión mucho más lento que todos los conocidos, lo cual permitirá aplicarlo a usos pacíficos, como por ejemplo en la industria.

—Comprendo. El espionaje industrial es ahora tan importante como el espionaje militar.

—Esos cuatro hombres no tenían acceso a un secreto tan esencial, porque eran vulgares maleantes de baja estofa. Pero hace una hora ha sido detenido ya el cien tífico que lo reveló, y que es el profesor Silverton. Las sospechas recaían sobre él de tal modo que ha tenido que confesar. Y hace cinco minutos he sabido que acaba de explicar una serie de puntos muy importantes.

—¿Por ejemplo...?

—Los rusos le pagaron dos millones de dólares por esa fórmula.

—Diablo...

—Pero hubo alguien que también le hizo una oferta. Le habló de medio millón. Desgraciadamente no hemos podido identificarlo aún porque Silverton no estableció contacto con él, ni siquiera quiso molestarse. Se limitó a enviarlo al diablo. Vendió el secreto a los rusos, cobró... y al día siguiente el emisario que había de sacar la fórmula del país y llevarla a la Unión Soviética, aparecía asesinado en su hotel. Pero el que lo mató no llegó a apoderarse de la fórmula. El ruso había podido lanzar por una de las ventanas del rascacielos la hojita de papel que la contenía. De ese papel nunca más se supo. Hay que imaginar que se perdió para siempre.

Johnny pidió por señas una caja de cigarrillos emboquillados al camarero, se puso uno en la boca y musitó:

—Por favor, sigue.

—Los rusos exigieron entonces a Silverton que les reprodujera la fórmula otra vez. Dieron por descontado que el asesino de su agente era el que antes había ofrecido solo medio millón, y el cual no estaba dispuesto a que su opción fracasara. Caso de saber quién era ese tipo, los rusos lo hubieran eliminado tranquilamente, porque no perdonan al que asesina a uno de sus hombres. Pero no lo sabían, y por eso tomaron unas precauciones especiales esta vez. Contrataron a cuatro granujas a los que ofrecieron una respetable cantidad para que se dejaran tatuar cada uno una parte de la fórmula en la espalda. De ese modo su misterioso enemigo no podría eliminarlos a

los cuatro. Ni siquiera llegaría a sospechar quiénes eran. Se le escabullirían de entre las manos.

—¿Y cómo pensaban llegar esos tipos a la Unión Soviética?

—Como turistas. El Consulado ruso ya les había dado un visado. Tenían que emplear cuatro aviones diferentes. Y el hombre que tenía que dirigir la operación, para que nada fallase, tenía que ser uno de los mejores agentes rusos. Nada menos que el coronel Kilbert. Pero ya ves que esos cuatro hombres han muerto ¡y precisamente los has matado tú!

Johnny movió la cabeza lentamente, como si un pensamiento le aturdiere y no lograra arrancárselo de entre las cejas.

—Con eso has hecho un favor al país y has fastidiado a los rusos —añadió Oswald, quizá queriendo animarle.

—Sí, eso puede ser cierto, pero... ¡pero no lo —entiendo!

—¿No entiendes qué?

—La razón por la cual yo los he matado.

—Ellos mataron a tu hermana y a tu prima. Cometieron dos asesinatos repugnantes. Si crees que no tuviste suficientes razones...

—Sí que las tuve. Pero lo que no comprendo es porqué las cosas han rodado así.

—En cierto modo eso carece ahora de importancia, Johnny.

—Al contrario. Eso es lo que más importancia tiene.

Y colgó.

Johnny se sentía completamente aturdido.

Una verdadera tempestad de celos, de pensamientos, de dudas, azotaba su cráneo.

Al fin salió del Port Arthur. Estaba tan ensimismado que ni siquiera oyó la voz del camarero:

—¡Eh, tú, que me lo debes todo! ¡Me debes hasta la ficha del teléfono y el paquete de cigarrillos!

Johnny siguió andando, ensimismado.

—No sabía aún lo que un vulgar paquete de cigarrillos emboquillados podría llegar a significar para él.

CAPÍTULO XI

AQUELLA MUSICA EN LA NOCHE...

Antes de llegar la noche Johnny telefoneó otra vez a Oswald para preguntarle si habían averiguado algo con respecto a la desaparición de las zonas de piel de los dos últimos cadáveres. Pero su jefe le tuvo que dar un informe negativo.

—Estamos cribando todo Nueva York. Y hasta ahora sin resultado, maldita sea.

—¿Pero te das cuenta? Eso significa que el hombre que arrancó los cuatro pedacitos de piel a los cuatro cadáveres... ¡tiene la fórmula completa!

—Claro que me doy cuenta.

—¿Y a quién tratará de vendérsela?

—Puede que a los mismos rusos, para que le paguen los dos millones que pagaron a Silverton. Es decir, los rusos comprarían dos veces la misma cosa. Mal negocio, pero en esta clase de asuntos nadie mira un millón de dólares. También es posible que esté en tratos con otra gran potencia industrial, como por ejemplo Japón o Alemania. O quién sabe si la China comunista.

—Es imposible vigilar a los agentes de todos esos países. Pululan por todas partes.

—Desgraciadamente sí.

—Entonces no hemos adelantado nada...

—Nada, Johnny. Pero oye bien esto: quiero que vayas absolutamente sin armas. Sin un cortaplumas siquiera. Es muy importante para lo que puede ocurrirte.

—¿Por qué?

—Tu situación ante la policía no está nada clara aún. Pero podrás irte escabullendo mientras no te detengan con armas. Están haciendo redadas descomunales por todas partes, con detenciones

masivas de sospechosos. Si te detienen y te identifican, estás perdido de momento. No me crees más problemas de los que ya tengo. Deja todas las armas que puedas llevar en cualquier papelera pública. Dentro de unas horas espero haber arreglado tu situación.

—Y yo espero que haya al menos alguna pista concreta —dijo Johnny.

El otro no contestó.

Colgó.

Johnny salió de la cabina y se dirigió pensativamente a Central Park, subiendo por la Quinta.

Luego dobló hacia la izquierda.

Hacia su viejo barrio.

Hacia sus recuerdos.

Hacia un pasado que hubiera querido arrancar de su memoria, pero que al mismo tiempo le obsesionaba, casi le fascinaba, como si aún tuviera aquella escena clavada entre los ojos.

Sabía que quizá cometía una imprudencia. Que podían detenerle por las inmediaciones.

Pero, extrañamente, no le importó.

Había momentos en que nada le importaba. Momentos en que sentía como si su vida no tuviera sentido.

No se veía a nadie por allí.

Silencio.

Olvido.

Olvido eterno para los muertos.

Porter estaba quieto en la oscuridad. Estaba allí como había estado tantas y tantas veces, como si acechase algo que nunca llegaría. Johnny tropezó con él.

—Hola, Porter.

—Hola, Johnny. He oído la radio. He oído también la televisión aunque sin ver las imágenes. Has hecho un trabajo increíble. Estoy emocionado.

—No me gusta hablar de eso, Porter.

—Las has vengado. ¡Y de qué manera!

—Cierto, ya están vengadas. Por eso a veces pienso que sería mejor olvidar.

—Te admiro, Johnny. No se encuentran hombres como tú. ¿Pero por qué has vuelto?

—No lo sé.

—Es peligroso...

—Esto me atrae. Sé que no podría pasar sin ver de vez en cuando estos rincones en los que viví cuando aún creía en la bondad de la existencia.

—Volverás a creer, Johnny. Pero más vale que te marches de aquí. Márchate antes de que los policías vuelvan.

—Lo haré. Claro que lo haré. ¿Pero por qué no me invitas a un trago, Porter? Tú y yo bebíamos juntos de vez en cuando.

—Claro que sí... Y aún tengo mano para preparar mis combinados. Vamos, entra.

La habitación penumbrosa, el viejo piano, el brillo quedo de los vasos, de las botellas, de los cristales...

Porter musitó:

—Empieza a hacer calor...

Abrió la ventana. Desde allí se veía la calle oscura y tranquila. Nadie transitaba por ella. Luego preparó dos combinados y tendió uno a Johnny.

—Bebe, muchacho. Es un combinado fuerte. Té sentará bien.

El joven bebió, En efecto, era fuerte. Y le probaba a uno.

—¿Por qué no toca algo, Porter?

—¿Tocar algo? ¿Al piano? ¿A estas horas?

—Está bien. Perdona. No lo haga. Pero es que a veces la música descansa.

Porter sonrió.

—De acuerdo... Unas notas nada más. No quisiera molestar a nadie, ¿sabes? Divagaré... O tocaré lo que tengo por costumbre.

Se sentó al piano y desgranó unas notas. Unas pocas notas. *Do-fa-sol-la. Do-fa-sol-la.* Lo hacía con lentitud, casi con majestad. No por la música sino por el modo de interpretarla aquello impresionaba. Era como la música de un funeral. Una música de despedida eterna.

Johnny cerró los ojos.

— Sus recuerdos... Sus condenados recuerdos...

¡Diablos! ¿Qué le hacía pensar aquello? ¿Quién le habló de aquellas notas? Ya sabía... Fue su amigo ciego en las cercanías del puente de Brooklin... Las había oído la noche en que mataron a las muchachas.

Pero Johnny hizo un gesto negativo.

Absurdo...

No, aquello no tenía sentido.

Ningún sentido.

Decidió olvidarlo y tendió uno de sus cigarrillos emboquillados a Porter.

—¿Quieres fumar?

—Muy bien... Fumaremos. Gracias.

Johnny se lo puso en la boca para que el otro no tuviera que molestarse en cogerlo. Al fin y al cabo era un ciego...

Pero se equivocó. Estaba nervioso. En lugar de ponérselo por la boquilla, se lo puso por la punta donde estaba el tabaco.

Porter repitió:

—Gracias...

E hizo un gesto maquinal, irreflexivo. El gesto de girar el cigarrillo para introducir la boquilla entre sus labios.

Johnny sintió que se secaba su garganta.

Sintió que le temblaban los dedos.

Sintió que mil lucecitas punzaban en sus ojos.

—Porter... —balbució con un soplo de voz.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué ha sabido que el cigarrillo era emboquillado y lo ha hecho girar? ¿Por qué, si no podía verlo? Un ciego hubiese pensado que era un cigarrillo normal, lo mismo por un lado que por otro. Pero tú lo has hecho girar, tú... ¡tú lo estabas viendo!

Las últimas palabras casi murieron en la garganta de Johnny, tan asombrado, tan petrificado estaba. Porter sonrió. Se quitó las gafas negras lentamente con la mano izquierda, mientras en su derecha aparecía una pistola chata.

—Lo siento, Johnny —murmuró—. Lo siento por ti... En el fondo casi me eres simpático, ¿sabes? Lamentaré, tener que matarte. Después que me has hecho el favor más importante que me han hecho en mi vida... Después que has vengado a las chicas a las que yo mismo maté... ¿No sabes por qué lo hice, Johnny? En primer lugar porque era fácil. ¡Ellas me tenían tanta confianza, las pobres! No, no pongas esa cara de desprecio y de odio. ¡De nada te va a servir...! En segundo lugar lo hice porque así podría darte la pista que quisiera, a fin de que mataras a los hombres que yo quería ver

mueritos. Antes estuvieron aquí, pero se negaron a venderme los tatuajes que había en sus miserables pieles... ¡Y yo no podía arrancárselos! Pero estando muertos sí que podía hacerlo. ¡Muy fácilmente! Yo hace tiempo que toco el órgano en los funerales de la Morgue. Tú no lo sabías, pero entro y salgo cuando quiero... ¡sin infundir sospechas! ¿Quién va a sospechar de un pobre ciego? ¡Dime! ¿Quién?

Y apuntó al centro de la cabeza del joven, mientras susurraba:

—Ahora ya tengo lo que necesitaba. Ahora podré venderlo al mejor postor. Pero tú no entras en este negocio. Lo siento, Johnny...

Y fue a apretar el gatillo.

Johnny no podía hacer nada para evitar su muerte.

No podía contraatacar.

¡Había lanzado sus armas y no tenía ni un cortaplumas!

El cañón de la pistola casi se clavaba en su frente.

Porter le miraba con unos ojos pequeños, diabólicos, crueles...

—Adiós —dijo—. Adiós...

Y su dedo se cerró sobre el gatillo.

Pero en aquel momento Johnny oyó el silbido a través de la ventana abierta.

Se volvió. Porter lo hizo también, distrayéndose un momento.

¿Cómo llegó aquella pistola hasta él? ¿Cómo pudo llegar, volando desde la calle? ¿Quién la lanzó? ¿Quién logró aquella puntería fabulosa?

Johnny la alcanzó en el aire.

Le alcanzó con su agilidad felina, con sus dedos de hombre entrenado para matar.

Porter apenas pudo balbucir:

—Pero...

No logró decir más. No tuvo tiempo. Las dos balas le penetraron casi por los ojos, por la boca.

Johnny se volvió poco a poco.

Entre el olor a pólvora.

Confundido aún.

Y entonces lo vio.

Vio que el coronel Kilbert, desde la calle, guardaba su palo de golf, y antes de alejarse le hacía una seña con la mano.

Johnny correspondió.

Lo único que pudo decir fue:

—Gracias... amigo.

Y se dirigió al teléfono para discar el número secreto de Oswald.

Para decirle que todo había terminado. Y para decirle también que algo, que la vida, después de todo, podía volver a empezar...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

{1} *Famosos almacenes cuya central está en la Quinta Avenida (N. del A.)*

{2} *Dos de las procesadas por el «asesinato ritual» de Sharon Tate en Los Ángeles, han llevado su desfachatez al extremo de presentarse ante el Tribunal que las juzga riendo y cantando canciones obscenas (N. del A.)*

{3} *«Camarada».*

{4} *En las estaciones del Metro de Nueva York hay trenes «lentos», que paran en todas las estaciones, y «rápidos» o «expresos», que paran solo en unas cuantas y hacen trayectos a larga distancia (N. del A.)*